

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA ESTUDIOS DE ANTRPOLOGIA
CONVOCATORIA 2008-2010**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGIA
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLOGICO**

**PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN CON EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO:
EL CASO DE LA TOLITA PAMPA DE ORO (ECUADOR)**

MIGUEL ANGEL RIVERA FELLNER

**ASESOR DE TESIS: FERNANDO GARCIA
LECTORES/AS: MALENA BEDOYA Y MICHAEL MUSE**

JUNIO 2011

ÍNDICE

INDICE	5
RESUMEN	6
CAPÍTULO I: INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO II: CONTEXTUALIZACIÓN TEÓRICA Y DEL CASO DE ESTUDIO	15
Definición del concepto de apropiación y el marco conceptual en el que se inserta	16
Breve contextualización histórica, económica y geográfica del caso: La Tolita Pampa de Oro	23
CAPÍTULO III: IDENTIFICACIÓN DISCURSIVA Y PRÁCTICA DE LOS TOLITEÑOS CON LOS VESTIGIOS ARQUEOLÓGICOS	43
Las formas de apropiación actuales y las características de una ruptura generacional	43
El valor de los objetos arqueológicos para los toliteños	72
Formas de identificación de los toliteños actuales con los prehispánicos (comparación con el caso de Agua Blanca, Manabí)	89
CAPÍTULO IV: LAS FORMAS DE APROPIACIÓN, VALORACIÓN E IDENTIFICACIÓN DEL ESTADO ECUATORIANO CON “LA TOLITA”	106
Análisis de los museos del BCE	106
Los soles de oro del Ecuador como paradigma de la exclusión y el centralismo “patrimonial”	112
CAPÍTULO V: CONCLUSIONES	119
BIBLIOGRAFÍA	122

CAPÍTULO III

IDENTIFICACIÓN DISCURSIVA Y PRÁCTICA DE LOS TOLITEÑOS CON LOS VESTIGIOS ARQUEOLÓGICOS

En este capítulo se describirá, de un modo que pretende ser algo exhaustivo, las prácticas y la imaginería relacionada con la apropiación del yacimiento arqueológico de la Tolita Pampa de Oro por parte de los habitantes actuales de esta isla. Para tal fin, se describirá su transformación en términos de intensidad del comercio de piezas durante los últimos quinquenios. Mientras esta descripción se desarrolla, se espera hacer conocer al lector de las prácticas y procedimientos más usados para la huaquería local, así como los significados más relacionados con ellos. Pero será al final de este capítulo que se espera mostrar cómo ciertas formas de apropiación y valoración generan procesos de identificación en la población actual, los cuales justificarían por sí mismos los derechos patrimoniales que los actuales habitantes tienen sobre los vestigios arqueológicos.

Las formas de apropiación actuales y las características de una ruptura generacional

Al parecer hay dos razones por las cuales se ha debilitado la intensidad de la huaquería en la isla en, por lo menos, la última década. Por un lado, los habitantes consultados aseguran que ya no se encuentra la misma cantidad que antes se encontraba de oro ni de piezas completas; por el otro, porque dicen que, debido a una parcelación de facto, los propietarios de esas tierras ya se oponen a las excavaciones, debido a que ponen en riesgo sus ganados y cultivos (especialmente de coco).

Podría existir una razón más antigua y que involucra directamente al estado ecuatoriano. Según Francisco Valdez, el Ministerio de Defensa de Ecuador ordenó por medio de un decreto ministerial (basado al parecer en una resolución del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural-INPC la cual no ha podido ser vista), alrededor del año 1972, la ocupación de la isla por parte del ejército, con consecuencias nefastas para la población local: durante varios años, al parecer hasta comienzos de los ochenta, primero el ejército y luego los navales ocuparon la isla, vigilando a la población para que no huaqueara y allanando hogares ante la menor sospecha de un tesoro. Entre las cosas que más se recuerda

de aquella época es la represión militar, la cual dejó como víctimas una persona tuerta y un muerto, ambos por militares ebrios. El relato de doña Dionisia, mi anfitriona en el recinto, muestra el miedo y la intensidad de la ocupación militar, al recordar un buen hallazgo mientras playaba clandestinamente en esa época:

Si salían las playadas grandes. Yo una vez caí enferma... que íbamos a ver recién esta casa, vivamos aquí al lado donde mi suegra, me fui así con el cuerpo malo [hacia el lugar de la playada]. En ese tiempo estaban los marinos aquí porque ellos les buscaban a eso mate [es decir, se lo quedaban para sí mismos]. Yo me iba a playar y ellos se iban también a converse y converse. Antes de llegar lo marinos yo ya había caído al pozo y lavando la tierra que sacaban antes, que quedaban amontonadas y me puse échele a mi batea eso..., esos pozos iba echando a mi batea y lave y lave, en eso me topo una boloncón de oro, una buena piedra, de dieciséis, no sé cuantos adarmes¹⁵ (que en ese tiempo mi primo Álvarez lo que me dio fue boberas), pero era encendida... ¡Uy!, cuando llegaron esos, como que Dios dijo: “aquí te voy a mandar un muñequito”, un muñequito bien enterito. Yo, apenas llegaron esos marinos ahí, porque yo temblaba, porque yo siempre la tenía llena de agua y le eché tierra ahí. “¡Ay! - yo dije - esa gente me van a venir a tumbar”. [Pero ella se adelanta a decir:] “Vea yo recién ahorita llego, acabo de... vea, aquí me saqué este muñequito, se lo regalo”, pero yo ya tenía mi bono ahí dentro, una buena bola de oro que saqué (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

Otra de las razones, menos mencionadas, es la de la presencia de artesanos (los cuales hacían réplicas para venderlas como prehispánicas) en la isla gracias a la capacitación dictada por la fundación Sinchi Sacha a finales de la década de los 90. Pero la que nunca se menciona sino indirectamente, es el cambio de moneda sufrido en Ecuador durante el inicio de esta década, ya que los comerciantes compraban en sucres (una moneda muy devaluada: 25 mil sucres valía un dólar estadounidense durante la última tasa cambiaria antes del embargo del país) a los toliteños o esmeraldeños y vendían en pesos y dólares a colombianos y estadounidenses o europeos.

Es importante resaltar la relevancia de la huaquería en el recinto, lo que lo va a distinguir significativamente de los recintos aledaños. Todos aceptan que casi la única

¹⁵ El bolocón al que se refiere, probablemente sea una esfera de oro macizo en el que comenzaban a trabajar los orfebres prehispánicos o tal vez una pieza para decorar, también muy común en la región (ver Patiño, 2005). El adarme era una forma de peso castellana (equivalente a una dieciseisava parte de una onza, es decir 1,79 gramos) que aún se usa para el comercio de oro a pequeña escala en la zona.

actividad productiva era la huaquería (lo que implica una alta apropiación de *facto*), al menos era la única actividad comercial. La pesca y la agricultura eran marginales y sólo se usaban para la alimentación doméstica, y la mayoría de la alimentación se conseguía por medio del comercio de oro y piezas arqueológicas. Al parecer, esta actividad era la que permitía el movimiento de la isla desde la época Yannuzzelli, haciendo que los habitantes de esta isla se dedicaran casi exclusivamente a la explotación aurífera.

Al respecto, doña Aida, una de las mejores playadoras (ya que aprendió con su madre desde pequeña) nos cuenta más detalladamente sobre su infancia en la isla y lo que sus abuelos le contaban sobre el señor Donato Yannuzzelli:

En ese tiempo todavía no sabía la cangrejiada, claro que se agarraban cuando gateaban, se agarraba así para la comida, pero nadie vendía un cangrejo, por allá ya después fue que ya se descubrió la manera de agarrar el cangrejo y de vender, pero en ese tiempo no. La gente sólo se dedicaba a la huaquería.

(...)

[Sobre Donato] Muy ávaro era el señor, los ponía a trabajar, eso les pagaba lo que le daba la gana, eso les sacaban el oro, porque en ese tiempo sí había oro, o sea, él fue el que gozó La Tolita, explotó La Tolita. Porque el que encontró esta isla fue Pablo Isaías Sánchez (que era compadre de Donato, que le vendió en poquedad y murió Isaías). Ya este señor comenzó a explotar y ya, la población se fue haciendo más grande, más grande, pero ya eran como unos... qué le digo yo... se puede decir empleados y no empleados, porque yo a eso no los llamo ni empleados, eso le llamo como... como unos esclavos (...) Claro, porque él, ya a las 5, 6 de la mañana ellos ya tenían que estar en pie, las mujeres con sus bateas, ellos con sus palas a trabajar, les daba lo que a él le daba la gana, entonces ellos sacaban pero así en cantidad el oro, él les llevaba el oro era por barco, barcos llenos de oro (...) ya ni me acuerdo a donde, pero si me acuerdo que me decían que él llevaba por barcos de oro, y tal es el caso que el último barco se le hundió, de oro, se le hundió y no lo pudo sacar (...) Imagínese hasta qué punto llegaba él que, como no tenía salida la cerámica para él, este señor ni siquiera se hizo el costo de hacer una casa, un museo y depositar todo allí, y sin saber después qué valor tenía, no, él hizo hacer un hueco inmenso bien profundo y toda la cerámica que sacaban brabrabrará, la desgranaban ahí como uno bota la cerámica (...) él se encargaba sólo de explotar el oro [cerca al corral, por la fábrica de coco, y le puso dos guayacanes de señal]. Ese señor era malo. (Entrevista 09 Aida Castillo . 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

En esta cita se alcanzan a ver dos cambios fundamentales desde la salida de Yannuzzelli: primero, la escasez del recurso aurífero y segundo, la valoración comercial de las piezas de

cerámica. Al parecer, la explotación de este italiano fue de tal magnitud, que era en verdad toda una industria en donde se iban a decantar y consolidar las dos formas de extracción básicas de la isla: la covada y la playada (de las cuales se hablará más adelante) basada en una división del trabajo familiar por géneros. Así mismo, la devastación del vestigio cerámico alcanzó niveles tales que hacen cada vez más difícil el hallazgo de piezas completas en contextos cercanos a los lugares donde quedaba la fábrica y, por lo tanto, del caserío.

Esto es corroborado por otro de los habitantes más antiguos de la isla, don Esteban Rosales, el cual, aunque permaneció largas temporadas fuera de la isla debido a sus aventuras musicales por la sierra ecuatoriana, conoció a Donato Yannuzzeli en los últimos días de su pequeño imperio:

Cuando él amanecía con una gorrita roja, nadie se le aparecía por ahí empezaba a tratarlos mal y no consentía que nadie le dijera nada. Lo que sí tenía el que sí, cuando me recuerdo cuando él trabajaba, y a aquel que llegaba sin camisa, le daba la camisa, lo mandaba a donde un dependiente que se llama un señor Ramón, le daba cobijas, colchas, le daba ollas para que cocinara y comida para que comiera mientras le cuadraban el trabajo. [Hombres paleando manejando la maquinaria: cernidores, trituradores, escalerilla y por último, playaban las mujeres con lo que quedaba]. Había unos que decían que era mala gente, otros que decían que era buena gente por lo que llegaba a trabajar aquí, les daba trabajo y cuando venía, por decir, el año nuevo, y no habían alcanzado a trabajar para pagarle, él les borraba esa cuenta y les hacía otra cuenta. (Entrevista 10 Esteban Rosales. 82 años, La Tolita. 22/02/2010).

A pesar de tener una perspectiva distinta del carácter de señor Yannuzzelli, el señor Rosales ratifica lo dicho por la señora Castillo, ya que da muestras de las estrategias típicas de los señores feudales para amarrar poblaciones a sus tierras: endeudamiento y compadrazgo (aunque este último no se nota en la cita, varias fuentes confirman que él era el padrino de casi todo niño que nacía en la isla). Además, don Esteban menciona la presencia de cernidores, trituradores y una escalerilla que eran alimentados por las palas de los hombres trabajadores llenas de tierra de huacas y tolas (con fragmentos cerámicos y óseos muy probablemente) y que, luego de pasar por el proceso químico, eran lavadas las tierras ya deshechas por las mujeres, hijas, esposas y madres de tales varones.

Como dice doña Julia Mina, otra de las más ancianas de la comunidad: “Ahora no hay como playar porque está todo fincado, cocales, potreros (...) antes todo eso era playadero” (Entrevista 08. Mujer, 70 años, La Tolita, 23/02/2010). Y en efecto, así es. Por lo general, las razones más recurrentes ofrecidas para explicar la decadencia de esta práctica en las últimas décadas por los entrevistados son la parcelación y la extinción de los recursos arqueológicos. Como lo menciona don Tarciso Montaña, uno de los huaqueros más mencionados en la isla por ser el que encontró, a temprana edad y gracias a un sueño de su madre, uno de los soles de oro que supuestamente se encuentra en el museo del BCE en Quito (lo cual en realidad constituye una confusión, ya que según don Tarciso, los rayos de la máscara que él sacó eran articulados y no fijos como en la del BCE):

Ya tengo tiempo que no ando con esas cosas [-porque ya no se puede-], porque todo eso está hecho potrero [-porque se va a covar, se va a hacer un pozo encima de otro, je je je-]. Está bien güequiado, en varias partes... si está en buena suerte, consigue... Antes sí pues: cuando esto estaba bueno, donde usted metía la pala, ahí estaba, ahoritica ya no, tiene que ir con buena suerte. Ya no es como antes, ahora la gente está en otras actividades de trabajo, ya la gente se ha botado a la la siembra de coco, a la pesca, al ganado. (Entrevista 03. Tarciso Montaña. Hombre, 58 años, La Tolita. 19/02/2010)

Así mismo, varios testimonios dan fe de tal cambio, como el siguiente de Lorenz “Toro” Rodríguez, quien lleva sólo 13 años viviendo en la isla:

Pero de pronto fui el último en llegar, porque anteriormente, siete años, ocho años antes, rodaba la plata como usted no se imagina, todo el mundo sacaba arqueología, sacaba oro, piezas en cantidad, y le daban 100 millones de sucres, 500 millones, 600 millones, mil millones... pero la gente siempre se acostumbró a eso, a que siempre iba a haber, entonces eso pocamente, lentamente se fue acabando. (Entrevista 04. Lorenz Rodríguez Camacho .Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010)

Esto mismo asegura Aida Castillo, en los términos siguientes:

Bueno: porque es que la huaquería como que ya no le daba a uno ni para comer, iba a trabajar y no sacaba nada, iba a... uno mismo decía “para qué voy a sacar si me las quitan” (...) Entonces viendo a la gente de aquí al lado, Garrapatas, la gente ya cangrejiaba, entonces se fue regando, que las trampas, la cogida de los cangrejos, la pesca ya se fue regando que con las redes, que con la pesca se hacía más plata, ya los hombres se dedicaron a su pesca, unos a la pesca otros a cangrejo y ya no se le paró más bolas a la huaquería. (Entrevista 09 Aida Castillo 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Doña Aida se refiere a los militares, los cuales también jugaron un importante papel en la disminución paulatina de las prácticas de extracción, ya que en la década de los 70 y 80, atropellaron derechos civiles e incluso vitales con la justificación de la protección del patrimonio arqueológico. Estas prácticas coercitivas surtieron su efecto y son ahora capítulos amargos para muchos de los adultos del recinto. Algunos habitantes de la isla sospechan incluso de los arqueólogos que ha enviado el BCE como si estos hubieran sido los gestores de decomisos y allanamientos durante las temporadas en las que trabajaron en el recinto. Pero lo cierto es que desde la década de los setenta la presencia militar en la isla era algo muy habitual.

Don Franco Mideros, hermano de María Mideros (una de las comerciantes de oro más importante y rectora de la escuela, heredera además del oficio de comercio de oro de sus padres), es una de las personas que mejor cuenta la situación que se vivió en la isla durante esta dos décadas en las cuales el estado por primera vez miraba hacia La Tolita, pero, al parecer, con ojos más de avaricia que de paternalismo:

Primero vinieron los del ejército y después la marina (...) No sé, alguien mandó que se resguarde, más bien mandaron eso para que cuiden la arqueología que hay en la comunidad. Pero la gente... ya ellos después comenzaron a dar permisos, la gente que sacaba compartía ya con ellos, porque era totalmente prohibido. Otros venían agresivos que no aceptaban esas cosas, y a quien sacaba, le quitaban, todo eso. [Uno de ellos, pero de la marina no del ejército, mató a un local, por borrachos, por gusto]. Desde esa muerte para acá, comenzaron a retirarse (...) Ya la gente siguió, ya cuando vino Valdez, este Francisco, ya la gente que sacaba y Francisco se enteraba qué había sacado, cuando veíamos el helicóptero aquí. Una señora sacó aquí unas piezas y no sé cómo él se enteró y cuando vino un helicóptero ya militarizado y ya comenzó a que las personas de aquí no se movieran, hasta que no se supiera dónde estaban las cosas de la señora (...) y la señora cuando vio eso se desmayó, entonces no tenían con quién hablar ellos, cuando volvió, les dijo que eso lo tenía guardado Juan García, que en ese tiempo vivía en Cuerval, así que enseguida fueron donde Juan García y eso se lo llevaron ahí.

(...)

Yo me saqué un chalet (...) como una casa más o menos, en cerámica, tenía unos 40 centímetros, era cuadrada y el techo era así, como en forma de las casas de los chinos y de ahí salían las capas para los lados pero el centro era ondulado [poniendo las manos en forma cóncava, palma arriba] y adentro tenía unos muñequitos, como cuatro muñequitos así tenía: asomado en la ventana uno, otro en la puerta y adentro tenía... tenía escaleras y todo eso. En ese tiempo me dieron un millón de sucres [se lo

vendió a su madre que compraba, ella vendía en Quito, a un señor Iván Jaramillo] Aquí hubieron antes muchos compradores de eso... aquí se metían de noche, gente de Colombia, una familia de apellido... los Polo de Colombia, ellos venían de noche en sus lanchas... y venían diferentes tipos de compradores, de diferentes países sino que ya dejaron de venir por acá (...) Ya, desde que se dieron esas 90 horas para que todo mundo aprendiera a hacer cerámica, entonces la gente comenzó a hacer cerámica parecida (...) entonces comenzaron a meterle esas piezas a los que venían a comprar y esas piezas se les desbarataban en el camino, entonces ya comenzaron la gente a decir que eran falsetas (...) y así fueron mermando hasta que no llegaron más. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010)

En este punto, don Franco es el único que ha mencionado el papel de los falsificadores en la disminución de las prácticas de comercialización. Ahora, al preguntársele a don Franco sobre la pertenencia de este patrimonio él no duda en decir que es de ellos, pero sin ocultar cierta satisfacción de esta disminución manifiesta desde su óptica como propietario:

[Este patrimonio pertenece a] A nosotros, a los que vivimos aquí, a los que hemos cuidado esto, porque aquí hay cosas todavía bastantes, esas lomas están cargadas, esas lomas tienen mucho oro. [Sabe eso] Porque es que yo me recuerdo que aquí se desbarató una loma y en esa loma sacaron cualquier cantidad de oro, en una sola (...) En esa loma [le llamaban la de Balverde y queda en predio de su hermano Omar] salió harto oro... en esa loma salió la pieza que te digo, la lata esa, y en una loma que está antes de llegar a la de Antonio, ahí hay otra loma, ahí encontraron también un chalet en oro, pequeño y uno grande, y por eso el pueblo tapó ese hueco, cuando sacaron esas piezas empezaron a dañarla, entonces la taparon, ya nadie la tocó. Entonces se cree que en las lomas es donde hay.

(...)

[Ya no las tocan] Porque son prohibidas. Ya la gente aceptó que es patrimonio nacional, que nadie puede tocar una loma de esas, entonces nadie toca las lomas. Y comenzó la gente a irse olvidando ya de ese trabajo, ya nadie quiso trabajar más en eso de la huaquería (..) Como quien dice, ya se perdió el amor de la huaquería, sabemos que hay cosas, pero nadie piensa en... antes tú tenías una finca, y esa finca tú la dañabas, la gente se metía y te la dañaba solamente por sacar lo que había ahí (...) Yo sé que donde tengo mi coco, tengo buena cerámica allí, pero no me da ánimo estar dañando de por gusto a las maticas de coco la tierra. Ahora hay como más respeto parece, antes no, antes la gente se tiraba tus plantas sin importarles nada: usted supo que ahí sacó una cerámica buena, que le dieron su millón de sucres y al otro día habían 100 personas haciendo huecos ahí. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010)

Estos testimonios son más que suficientes para mostrar el significativo retroceso de la práctica de la huaquería. De hecho, existe una manifiesta incomodidad de las personas entrevistadas cuando se les pregunta si huaquean o han huaqueado alguna vez. Pero al ganar un poco su confianza, expresan que de vez en cuando aún lo hacen, pero de una manera más lúdica o por ganarse algún dólar extra, ya no como actividad principal.

Covada y playada

La huaquería en la isla tiene dos procedimientos básicos al menos desde la época posterior a Yannuzzelli, cuando la cerámica comenzó a ser más valorada: la covada y la playada. La primera es una actividad especialmente masculina, ligada al trabajo duro de palear y extraer piezas completas de cerámica, oro y demás objetos de valor de tumbas (huacas), entierros (sin cadaver) y tolas (montículos doméstico-funerarios). Sus herramientas son principalmente una pala, un balde y un chuzo, siendo este último el instrumento de hierro usado para detectar los materiales de cerámica dentro de la tierra, el cual se compone de una punta y un asidero, de más o menos un metro de longitud.

A nadie vi practicando este ejercicio en la primera inmersión en campo, sin embargo, en la prospección realizada a mediados del 2009 se logró observar a unos tres huaqueros con sus acompañantes femeninas cerca de la playa que mira hacia La Tola realizando huecos que ya superaban el metro y medio, haciéndome saber su incomodidad por haberlos tratado de fotografiar y mostrándome cómo el estigma del huaquero ha calado en sus mentes. Esto fue posible verlo en esa época debido a la temporada seca que se manifestaba, ya que es en ese momento (mediados del año) cuando es posible la covada.

Cuando se le preguntaba a las personas entrevistadas cómo sabían dónde excavar, casi siempre obtenía la respuesta “es que ya sabemos” o “uno se va a la suerte”. Es decir, no existe un método específico para la identificación superficial de huacas y entierros, pero sí un método de prospección más invasivo:



Fotografía 3: Instrumentos para la playada: pala y al menos una batea para lavar la tierra extraída del hueco.

Como aquí toda la isla ya tiene arqueología y oro, toda la isla, nosotros así más o menos atina el sitio, y más o menos cuando usted va a una profundidad, hay un chuzo ahí que usted lo mete, entierra el chuzo y lo saca: si no huele a nada es bien, pero si lo mete y lo saca y huele un poco como abombado, esa parte ahí ya ha sido perforada, ya ha sido covada, por ahí ya no puede más nada. (Entrevista 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010)

Del mismo modo se explica don Wilfrido “Wicho” Casierra, un artesano local, el cual agrega que existen mecanismos visionarios de identificación de huacas:

[Para ubicar la huaca] Eso va sin rumbo uno va, a uno le dio la gana al cuerpo “me voy a hacer un huequito, está bonita esa punta” y va uno y hace el hueco ahí, uno va sin ninguna guía, nada. El sueño sí, pero era antes, ahorita el sueño no existe. Ahora lo que están sacando oro son los que toman pildé, hay un bejuco que toman y ahí se va al otro mundo la persona que toma eso y ahí se encuentra con los muertos y ahí va tratar de ver... y la huaca que a usted le gusta (...) los manes [se refiere a las almas en pena] le caen ya para salir porque están penando y hasta que no le entreguen eso a otro no pueden salir de ahí (...) [Ese bejuco silba de noche y asegura que no es de brujería que es como cualquier bejuco. Ha vendido muñequitos en hueso como amuletos]. (Entrevista 06 Wilfrido Casierra “Wicho”. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010)

Pero es don Franco quien nos ofrece nuevamente una explicación más extensa y común, ofreciendo detalles sobre la forma de buscar y las preferencias de esta búsqueda. Además menciona algo que es recurrente en las entrevistas, el hecho de no tener consideración alguna con los restos óseos de los “indios”, lo cual ya nos empieza a ofrecer un indicio acerca del modo en el cual consideran su relación con estos muertos:

[Para saber dónde excavar] No eso no, excavábamos porque ya conocíamos la tierra: se hace un hueco pequeño primero y miramos si es que ya no ha sido excavado otra vez, o sea, ya sabemos cómo es la tierra (...) Porque [cuando ya ha sido excavado] la tierra tiene otro color, está revuelta con la tierra del fondo, ya conocemos pues, ya los huaqueros ya tenemos esa práctica, conocíamos cuál es la tierra del fondo y cual no era (...) en unas partes [la tierra del fondo] es amarilla, en otras partes es arena... cuando salía arena, nadie buscaba el pozo, porque no se encontraba ni siquiera cerámica, ni tiestos, ni pedazos de cerámica (...) ahí dejábamos tirado eso y buscábamos otro lugar. También se perdía bastante tiempo a veces, uh..., usted excavaba y había personas que hacían hasta tres huecos de esos, buscando y nada. Porque es que en ese tiempo, esa era la vida de las personas aquí, no había pesca, ni agricultura... era chocitas que habían, uno vivía así, ahora es que hay de

cemento (...) Le estoy hablando de 1980, por ahí [antes de Valdez]. (...) [Se busca] La cerámica, cerámica ya entera, como así cabezas, muñecos enteros, pero en medio de ellos está revuelto pues, la cerámica hecho pedazos también, a veces había puros pedazos, a veces había cerámica entera (...) Cuando tocábamos la cerámica con la varita, tratábamos de llegar hasta allá, con la mano y con la varita, sacando despacio; cuando ya llegamos al fondo, llegamos con el más talento que se pueda para no hacer un daño, ¿no? Pero cuando vemos que es un pedazo de cerámica no más, lo sacamos y lo botamos y seguimos buscando [o al llegar a la arena, se deja de excavar]. [Cuando encontraban esqueletos] Eso los quebraban no más, eso lo botaban (...), a veces los dejábamos para que nos hicieran humo para los moscos. [Los sacerdotes no les decían nada ni hacían ningún ritual igual que los demás]. Cuando en los tiempos de excavaciones, había personas que agarraban las cabezas y las tenían en su casa, debajo de la cama (...) botadas ahí, para que alguien viniera y las comprara. [No ha tenido sueños de las huacas] Dicen que los sueños son seguros (...) a veces ellos soñaban en tal parte y ellos conocían el lugar en el sueño y también sabían cuando se despertaban dónde era y llegaban preciso y ahí había una señal (...) ellos dicen que era una persona extraña, a veces ni les veían la cara (...) hay bastantes personas que hay aquí que se han soñado con eso. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010)

Otro de los entrevistados que ofreció más detalles acerca de la forma de covar fue mi amigo Washo, agregando aspectos relacionado con la enseñanza de estas técnicas:

Esa idea se la va asimilando de acuerdo al tiempo vivido aquí en la comunidad mismo, pues. Por ejemplo, habían personas que llegaban y ellas no sabían pero se... buscaban alguien que ya sabía la actividad y le dice “vamos a trabajar”, se iban los dos, por ejemplo, más que todo en la covada, en la playada también, siempre se trabaja entre dos, uno hace el hueco y el otro busca, porque lo más difícil es la buscada. En la covada lo más difícil es buscar, con el chuzo, hay que buscar con el chuzo con técnica hay que también buscar por los lados. Entonces es un poquito más difícil, entonces si de pronto... si yo no sabía, yo me pegaba con otro que tuviera conocimiento, él me decía que yo bajo al pozo y él lo busca porque él sabe. Entonces, a lo que yo bajaba al pozo y el otro empezaba a buscar estaba observando e iba aprendiendo, entonces ya después ya me iba solo y yo mismo hacía el hueco y yo mismo lo buscaba, entonces así se iba aprendiendo se iba aprendiendo eso (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Ninguno de los entrevistados consideró importante rezar o aplicar alguna ceremonia a los restos humanos, tal vez como dice “Toro”: “2500 años, esos muertos ya de pronto, ya no piden nada” (Entrevista 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita.

19/02/2010). Este tipo de dilemas no está presente en la playada, la cual es una actividad casi exclusivamente femenina, sin chuzo pero con batea, la cual es realizada preferiblemente en invierno. Es una labor solitaria, mientras que la covada por lo general requiere de al menos dos personas. Y es mucho más tediosa, monótona y se extrae mucho menos que la covada. Sin embargo, es más segura, al menos saca un poco de oro cada vez (con el ideal del vender cada vez que se hacen unos cuantos “adarmes”), mientras que con la covada no hay nada seguro y es muy intuitivo. Sin embargo, con respecto a lo que cuentan las matronas, la playada era algo más en parejas, donde uno de los partícipes (casi siempre un hombre) cavaba para luego echar la tierra en una gran batea, de la cual se podía sacar a material más fino a otra y por último, para las especialistas, a otra. Es ahora cuando se practica a solas y sólo conocí a dos señoras que lo siguieran practicando de un modo regular. Doña Dionisia no es una de ellas, pero ofrece más detalles de esta labor cuando ella la practicaba:

Ah sí, uno la amasa la amasa hasta que ya está floja en la batea de lavar y ahí uno la surge y ahí uno con la mano le está dando y con la otra le está moviendo la batea hasta que ahí ya uno, cuando ya el cascajo [se refiere al material cerámico] está bastante, lo va sacando y va votando, ya después se queda botando con una sola, con una sola hasta que ya queda poquitica ya la tierra y ahí uno la echa en la batea redonda y ya uno empieza a darle vueltas vueltas hasta sacarle todo ese fango grueso y ahí queda lo menudito, es que uno lo empieza a playar, que el oro se empoza ahí en el huequito de la batea (...) en la batea redonda cuando empieza a lavar, a darle vueltas a darle vueltas ya queda poquitica en la batea. Sube, sube, sube el oro y ahí ya empoza todo en el huequito de la batea, todo el polvillo y ahí lo echa al mate (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

Toda covada implica una playada, ya que son actividades originalmente complementarias que parece que se han ido especializando en La Tolita. Incluso, si no se encuentra algo cavando una tumba o no hallan con la vara metálica alguna pieza cerámica, la tierra de la superficie es playada. Como ya se mencionó, en los tiempos de Yannuzzelli, ambas eran actividades mineras fundamentales, exceptuando posiblemente la delicadeza con las piezas de cerámica. Sin embargo, la playada es aún practicada por unas cuantas señoras que rondan los 50 años, sin estar acompañada de la covada en tierra firme. De hecho, la covada es la única actividad que parece estar penada, ya que lo que se extrae de la playada son

residuos de la fabricación de los objetos de oro arqueológicos y se realiza especialmente, aunque no exclusivamente, donde la erosión ya ha hecho gran parte de la tarea: las playas. Algo que también distingue a la covada de la playada es que la segunda requiere mucha más constancia, mientras que la otra es más el resultado de un golpe de suerte o de un sueño.

A este respecto, varios de los entrevistados mencionaron haber tenido sueños o haber sido testigos de una covada en la cual sacaron algo que predijo un sueño. Pero estos no son tan específicos y no siempre el que ha tenido la visión lo saca. Sin embargo, la presencia misma de los sueños, implica cómo se relacionan con ese pasado y con esa alteridad abstracta del amerindio que habitó esa misma isla hace más de un sesquimilenario. En este sentido, se podría hablar de una apropiación inconsciente de toda la riqueza arqueológica, ya que muchos de estos sueños implican “indios”.

Sueños

Una muestra de uno de los sueños mencionados por uno de sus protagonistas, el cual, lastimosamente para él, nunca pudo cumplir. Nuestro protagonista es don Esteban Rosales:

Una vez fue que me soñé pero... no quisiera ni acordarme (...) La ignorancia que es la dueña de todas las cosas, cuando no hay ignorancia no hay nada (...) Con una olla (...) no sé qué tendría la olla, pero el muerto me dijo: “vela ahí” (...) Un hombre grande, cháfalo, cortado el cabello aquí y aquí [a la altura del cuello], me llevó de aquí para arriba a un montecillo, allá llegamos, allá habían hecho unos huecos, me dijo: “vea, aquí está”, ahí había un... bueno, yo le dije a él: “ahí no hay nada”, y él me dijo: “no, ahí está. Ven a verla”. Y yo me asomé ahí. Había un hueco aquí, otro así, así y así [cuatro huecos formando un cuadrado] (...) Era una olla así grandota, rayada era la olla, rayada de rojo. “Esto es tuyo, sácalo”, y yo, “pero si eso es de barro”. “No, esto no se va, porque esto es tuyo, sácalo”. “¿Y yo no me voy a perder de aquí?”, enseguidita ahí había un arbolito así y lo vi en el sueño. Y cuando terminó el sueño, esperando a que amaneciera. Y cuando llegué, la parte que íbamos a cruzar (...) me fui, me fui, me fui y vi la puntita ahí. Y vi los cuatro huecos (...) y lo vi de que estaba cuando se entierra el muerto (...) tan idéntico estaba eso... bien clarito lo vi... y yo perdí la suerte, la suerte la perdí. Nosotros estábamos sacando una madera con mi hermano, estábamos en estos aguajes, pero que había que andar rápido, porque si no andábamos rápido se quedaba en tierra la madera... perdí la huaca (...) Y cuando terminamos

de sacar la madera, fui a ver la parte y estaba todita molida, los covadores ya la había covado, ya no había nada de lo que estaba (...) No quería ni acordarme. (Entrevista 10 Esteban Rosales. 82 años, La Tolita. 22/02/2010).

Don Esteban recuerda al señor como un “indio, pero vestido como una persona normal”, y asegura nunca más haberse vuelto soñar con eso. Un caso más afortunado fue el de don Tarciso, el cual asegura haber encontrado uno de los famosos soles de oro gracias a un sueño de su madre: “Ella se soñó que el indio le decía que lo sacara de ese entierro, ella se soñó y punto y me indicó a mí y yo fui y lo saqué (...) ella se soñó conmigo sacándola”, asegura, añadiendo más adelante: “Es que mi mamá tenía buen corazón, por eso fue que le escogieron a ella” (Entrevista 03 Tarciso Montaña; Hombre, 58 años, La Tolita, 19/02/2010). Los detalles del hallazgo, los relata como sigue:

Ella se soñó un día y al otro día lo fui a sacar yo, fui a hacer la excavación, me fue a indicar y yo fui a hacer la excavación; ella me dejó indicando y yo me puse no más. Ya cuando iba bajando el pozo, cuando me topé una nariguera bajándolo, fue que ahí yo le dije: “mamá, vea su sueño, era una nariguera que ha salido”, pero el pozo estaba sin buscarlo [-era como seña, era-]. Entonces cuando ya estaba cerca, cuando mi hermano salió de la escuela le dije “vamos a buscar el pozo que ya está hecho”. A lo que entró él empezó a sacar unos huesos de muerto y cuando me empezó a sacar ahora las piezas, a sacar las piezas, piezas, piezas y los cables, todo, todo... Los cables, que son unas cosas anchas que son medio enrolladas, los rayos que lleva el sol (...) estaba despegado todo. Eso venía amarrado con un alambrito, pero los alambritos se habían dañado ya. Las narigueras si eran de oro macizo, eran pepiaditas. [También] Una cabeza de venado en barro y unas ollas de oro; había una olla que tenía un material de madera por dentro, no sé qué madera habrá sido, pero por fuera era puro oro. Los huesos (risas) eran como los de nosotros, huesos bunecitos, buenecitos; eran medio negruscos; hay unos que salen ahí en los guandales que salen blanquitos. (Entrevista 03 Tarciso Montaña. Hombre, 58 años, La Tolita. 19/02/2010).

Otro ejemplo de un sueño, el cual se buscó y se halló, pero con resultados también negativos, lo constituye el caso de Daysi Cabezas, la cual encontró grandes cantidades de oro gracias a un sueño (todas las versiones de esta historia dicen esto) las cuales le fueron arrebatadas por militares por intermedio de Francisco Valdez. Su hijo Domingo nos cuenta la versión de esta historia:

Ella por la noche se soñó que un indio... o sea, un indio llegó a donde ella y le dijo que fuera a sacar, que eso era de ella. Entonces, pues, ella fue... se fue y llegó al puesto exacto donde el indio le había indicado y todo eso y llegó al hallazgo ese. (...) Decía ella... decía que era un indio alto, eh, tenía... o sea, la ropa... solamente tenía taparrabo y el cuerpo descubierto. (...) Sí, un indio flaco alto y pelo que le tapaba la cara porque decía que no le veía la cara a él. [¿Y le hablaba en español?] Si, en español, sí... y creo que fue verdad porque lo que él le... o sea, lo que él le dijo, ella llegó al puesto exacto donde estaba, sacó y cuando ella sacó, ¿no?, ella no sacó todo porque había mucha agua y al siguiente día, por la noche, vuelta se le presenta el indio y le dice que lo que había sacado no era nada, que lo que estaba abajo era lo... o sea que tuvo dos sueños. Sí, dos sueños. El primero que fue que cavó y ya, pues entonces ella pensaba de que no había más nada. Entonces ella regresó, por la noche volvió a soñarse de que el indio le dijo de que lo que había sacado no era nada, que el resto estaba más abajo. Pero en eso... en eso ella le conversó eso a una amiga, y esa amiga le conversó a otra persona y como aquí el Banco Central en ese entonces tenía guardián, entonces la amiga de ella le conversó al guardián y el guardián que había aquí le comentó al señor Valdez. En visto de que no había una seguridad aquí, cómo mantener el hallazgo (...) En Cuerval había un señor que se llama Juan García [un reconocido historiador local], él también trabajaba para el Banco Central y en vista, pues como le digo de que no había cómo guardar aquí mi mami me dio para que llevara a guardar allá donde el señor Juan García. Pero no sé... ahí es que no se sabe porque nadie sabía que yo había llevado las piezas donde el señor Juan García y por lo tanto cuando llegan los marinos ya sabían que las piezas estaban allá donde el señor Juan García, allá en Cuerval. Entonces ahí es que vienen las autoridades y pues le meten miedo ¿no? de que si no entregaba las piezas la iban a llevar presa. Así que ahí bueno, ella ya... ahora sí ya dijeron de que las piezas estaban allá en Cuerval y que fueran a Cuerval a... así es que fueron a Cuerval y allá en Cuerval Juan García entregó las piezas. (...) Y cuando vienen de allá de Cuerval vienen aquí a donde mi mami y le dicen que les fuera a enseñar el hueco donde ella había sacado las cosas, porque estaba el resto de piezas allá. Así que... ella ingenua ¿no? como una persona ingenua ella ingenua va, les muestra el hueco. Como ya el indio le había dicho de que abajo había... estaba lo mejor y todo eso, pues entonces ella pensaba conformarse... o sea, ella pensaba, más que todo, era de que lo que había sacado le iban a recompensar, o sea, le iban a dar una buena recompensa, pero no fue así. Ya, entonces, en vista de eso es que ella los lleva de nuevo allá al hueco. Ahí es donde los señores sacan dos baldes más de oro, sacan la... sacan otra máscara, sacan los moldes de las máscaras, porque eran dos máscaras y piezas... eran unos rodillos de platino, de oro, y todo eso... rodillos como para imprimir sobre tela... ajá, si, si eran platinos y oros. Y una plancha, más o menos... casi así era la plancha, así de largo y así de ancho. No sé para qué serviría esa plancha... unos cincuenta centímetros por unos treinta... más o menos, sí... eso de que no se sabe para qué serviría esa plancha... (...) Después lo que pasó fue de que, pues ya

entonces, ya vino... llevaron todo, la dejaron engañada a la señora Daisy, que le iban a dar y que... eso fue un problema que hubo porque eso por eso tuvimos que andar en Quito para ver si es que se le daban algunas cosas. En vista de que nosotros metimos abogado y eso, anduvimos para allá y para acá, le reconocieron en ese tiempo seis millones seiscientos sesenta mil sucres, y las piezas estaban avaluadas en sesenta millones de sucres, en ese entonces. Las avaluaron aquí en el banco central de... aquí en Esmeraldas... sesenta millones de sucres. Y lo que le reconocen es... y eso, no le digo, por andar, andamos de allá para acá y le reconocen eso, seis millones seiscientos sesenta mil sucres (Ent. 20. Domingo Rosales. Hombre. 43 años. La Tolita. 21/07/2010).

Muchas personas se sentirían muy bien con esa cifra sin haber tenido que hacer el esfuerzo por conseguirla, sólo soñándola. Pero el hecho que recalca el señor Rosales es que fue su madre la que se soñó con el depósito y, por lo tanto, le pertenecía. Como bien lo reconocen muchos habitantes de La Tolita, eso depende de la suerte de cada uno, pero el estado, en este caso, se apoderó de la suerte de doña Daysi ofreciéndole sólo una fracción de su valor.

No queda claro cómo los sueños funcionan en esta comunidad, y sólo se comparten algunos, especialmente cuando se encuentra algo. Pero la presencia del indio extinto parece pervivir en estas narraciones espontáneas. En realidad creo a don Esteban, a don Tarciso y a don Domingo cuando me aseguran que tales sueños ocurrieron, no tienen por qué mentirme y sus versiones se han mantenido durante años y, al menos las de los dos últimos, son corroboradas por otras personas de la comunidad. Surge el interrogante de, si bien su imagen acerca del indio extinto, como vamos a ver más adelante, es más bien etérea y superficial, en sus sueños parece ser tan reiterativa esta figura que señala sitios específicos en donde se hallan tesoros. Aún no tengo una respuesta a esta pregunta (la cual se une a diferentes tradiciones en los Andes, tanto en Colombia como en Ecuador, en la cual los sueños son vías de transmisión de este tipo de información sobre riquezas subterráneas) pero lo que sí es seguro es que de algún modo esta imagen onírica es el resultado de deseos y emociones que no son ajenos a los toliteños. Esto nos permitirá comprender mejor cómo los sueños pueden ser considerados como mecanismos de apropiación (siendo en el caso de los sueños con la presencia de imágenes de amerindios una manifestación de la imaginaria sobre el pasado).

Uno de los pocos sueños narrados que no tienen la figura del indio extinto fue el que me compartió doña Dionisia, en el cual es manifiesta esta relación del sueño con las emociones y los deseos de los soñadores.

Pero el sueño que yo me soñé fue allá donde un compadre (...) Yo me soñé haciendo ese pozo ahí [playando], a lo que iba descubriendo... ya estaba como por aquí [en las caderas], iba descubriendo, en ese se presenta en el sueño, vi a mi compadre... al marido de la Nelia, mi cuñado, que iba... pues yo dije “allá viene o no”, y ya estaba descubriendo ese oro y es que yo cojo: ya me vi en el sueño que había sacado un armador [de oro], de esos con los que uno guinda ropa, y lo tenía encima del pozo, pero lo tapo con tierra... cuando ya lo veo a él que viene yo rapidito cojo y le riego tierra a ese oro y me quedo ahí, “¿qué, comadre, qué usted está haciendo aquí... esos pozos encima de otro, que esto todo está covado?” [le pregunta su compadre], “si compadrito - le dije yo - todo esto está puro pozo”, pero el oro estaba ahí al plan “esto es puro pozo”, así que cuando él se fue empecé a descubrir y yo vi unas... unas eran de piedra esmeralda, otras eran de oro, pero hartísimas, y yo dije en el sueño: “Dios mío, esto es un deposito de oro, este oro no se iguala al oro de la Daisy que sacó acá”; yo dije “esto es un oro bastante” y estaba en el sueño y no podía dormir me estorbaban los ojos. Quería cerrar los ojos y eso ahí, hasta que empecé a tocarlo a Aquiles y él estaba que babiaba, “Aquiles, Aquiles estoy viendo unas de oro y no puedo dormir, estoy con esas cosas, que estoy diciendo yo que este no se iguala al oro que sacó la Daisy, este es un depósito” le decía yo. Y estaba con eso ya y no más fue conversarle a él, me quedé fue bien dormida. Pero estaba era rato mirando ese oro ahí, que no podía dormir. Y no lo fui a ver nunca.

[¿Y por qué?] Yo siempre le decía a Aquiles vamos, vamos, pero no fuimos. No sé si lo hayan sacado o esté ahí. Pero yo lo veía como en el filo de un palo de guanábana... dejé pasar el tiempo y ya después mi compadre ya hizo casa allá. Fíjese que cuando me soñé ni casa había ahí, no había nada (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

Muchos problemas, poco dinero

Por el momento vale resaltar que aunque no usan a los sueños para justificar su acción ni su relación directa con estos seres extintos o fantasmagóricos que dicen que son los propios dueños de las tumbas que quieren ser liberados de su pena, si la realzan justificando a las prácticas huaqueras como un trabajo más: “La arqueología dicen que nosotros estamos... cómo le digo... como robando. No es eso, estamos trabajando, porque para eso se pasa buen trabajo, para hacer un hueco a la profundidad a la que uno lo hace pasa buen trabajo,

imagínese una mujer para hacer una cosa de esas, estamos trabajando para sobrevivir” (Entrevista 09 Aida Castillo 50 años, La Tolita. 21/02/2010).

Lo mismo dice don Franco, el cual acepta que fue gracias a esta práctica que comenzó a levantar a su familia cuando aún nada tenía:

[La huaquería es] Un poquito cansable eso porque usted tiene que hacer huecos (...) llegar hasta donde está la cerámica, por eso que tú vas a haciendo el hueco, vas avanzando capa por capa, sea tres metros, cuatro metros, así. Despacio. Y al fondo, al final de allí, llegas a un lugar donde está blandita ya la tierra, ya la puedes manejar con la mano, entonces ahí comienzas a buscar, con una varita de fierro, despacio así para que no vayas a quebrar (...) A veces salían, otras veces, sacabas sólo cerámica, pedazos. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010).

A esto se le suman los peligros que implica la extracción, no sólo por el estigma y la militarización que han padecido, sino por efecto de las mismas condiciones de los depósitos arqueológicos. A esto se refiere don Tarciso cuando se refiere a otra excavación, en la cual también trata de explicar la diferencia entre entierro y huaca:

Lo que yo saqué era entierro, porque no estaba sellado, estaba abierto por arriba; y cuando es huaca, eso está sellado, tiene que romperla para que no se vaya a correr, y eso que suelta un antimonio y usted no puede percibir eso porque o sino se vuelve loco señor. No puede percibir esa antimonía que tiene, porque eso cuando está sellado, es como un ácido... no puede percibir eso (...) tiene que dejarlo ahí pa'l otro día ir a sacarlo, porque eso bota una cosa feísima, eso puede volverlo loco o martarlo en el instante. ¿No ve a Aquiles? Aquiles solamente cogió... y no era huaca, era entierro, sino que Aquiles una vez casi se muere cuando sacó ese poco de oro por allí abajo [señalando hacia las plantaciones de coco isla adentro]. Pero a él fué el que... a mí no me pasó nada, a nosotros si no nos pasó absolutamente nada (...) ¿Por qué no nos pasó nada? Porque a él tuvieron que llevarlo a Limones, y como el puso la cara ahí cerquitica, y el de nosotros tenía agua, y el de él estaba pelaito, estaba seco, entonces por el agua no nos pasó nada. (Entrevista 03 Tarciso Montaña, 58 años, La Tolita, 19/02/2010).

Además, aseguran que ellos cuidan las tolas desde que se los han prohibido:

El problema es que el gobierno cuando ya agarró esto, ya no deja, son los recursos... cómo se llama... los recursos patrimoniales que hay (...) pero aquí la gente sí le dio duro a las tolas: ahí donde está la cancha (...) era una tola y la gente huaqueándola la bajó (...) Las tolas tienen (...) como unas 7 quedan (...) Ahora toda la gente está en ganadería, cocalas, ya no puede ir la gente allá (...) En las tolas hay huacas pues... ahí están los grandes entierros. La huaca son de los grandes diputados... como se

llama... de los duros [se refiere a personajes poderosos] pues que había en ese tiempo; así como están estos que tienen sus buenas tiendas, sus buenos... ellos tenían sus cosas ya guardadas, entonces hacían ellos una olla, son redondas, y ahí metían todo lo que se llama oro (...) ya lo que le estoy hablando como los que tienen plata: ellos su plata, lo que se llama alajas, lo tienen guardado en su cofre, pero ellos tenían sus juguetes de tiesto, sus muñecos, sus ollas y ahí las tapaban y ahí eso es una huaca ahora, y ahí estaban cerradas, las cierran cerradita cerradita, es como un calabazo (Entrevista Wilfrido Casierra “Wicho” 6. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010)

Para las mujeres, que realizan especialmente la tarea de lavar la tierra o playar después de la covada, están expuestas a infecciones vaginales y cutáneas debido al agua sucia que resulta de la mezcla con los restos del pozo y la cual les llega hasta la cintura es estos casos. Muchas ya son conscientes de esto y por eso no les gusta.

Ahora bien, con esto se quiere ratificar que el nivel de extracción ha disminuido drásticamente por múltiples razones, especialmente el prohibicionismo coercitivo, la disminución de objetos de valor hallados y la dedicación a otras actividades, pero, en términos del comercio, también se ha dado cuenta de que no les pagan lo que se merecerían y que los que más ganan son los intermediarios, así como la disminución del comercio con Tumaco, en donde podían comercializar de un modo más fluido cuando el sucre aún estaba vigente. Lo mismo pasa con las piezas artesanales actuales donde, por ejemplo, dice Wicho: “Yo aquí vendo estos muñecos a 10 dólar, y los llevo allá y no me van a querer comprar por 20 mil pesos” (Entrevista 06 Wilfrido Casierra “Wicho”. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

Algo que acrecienta este sentido de explotación y de escaso valor, es el caso del comercio de oro, donde la señora María Mideros, una de las comerciantes locales más importantes, ofrece sólo 16 dólares por gramo estando el precio internacional girando alrededor de los 35 dólares desde 2009. No sólo con respecto a comerciantes ilegales, sino en relación con el mismo estado, al cual consideran un usurpador importante de La Tolita, ya que consideran que mientras este se enriquece con las visitas de turistas extranjeros a los cuales cobran la entrada, al recinto lo tienen olvidado además de estigmatizado:

En ese tiempo la gente trabajaba, pero para otras personas, usted sacaba las piezas y como no sabía el valor, no sabía qué costaban, venía y le

decían: “yo te doy cinco sucres, cuatro sucres, dos sucres”, tomo, lleve (...) a la mamá de María Mideros.

[No se quedó con ningún muñeco] Porque la gente en ese tiempo no tenían otra fuente de trabajo y es que usted conseguía la piecita y como necesitaba para sobrevivir, cómo lo iba a dejar, tenía que vender, y es que usted no lo vendía en lo que costaba, eso usted lo vendía y ya estaba para la compra de la comida o algo, por eso la gente no se dedicó a guardar... y ya, la gente que más, por decir, sacó las cosas gruesas, ya después de que vino el estado, a resguardar, le quitaban todo lo que tenía, todo lo que sacaba le quitaban, el estado se llevaba. [Primero, los marinos, luego, “los tigres”, un grupo de élite del ejército ecuatoriano, de los cuales tienen los peores recuerdos] Eso a lo que usted sacaba le quitaban y se llevaban no más. Yo tengo una tía que se llama Daysi Cabezas, ella topó un depósito de oro, pero qué oriza para grande, oro en cantidad, ella y la hija, todo ese oro lo sacaron y de ahí comunicaron allá... a, al estado y enseguida mandaron un helicóptero de marinos, de toda ley, y eso enseguida la agarraron que entregara, que entregara, la señora no tuvo más que entregar y entregó todo, todo, todo ese poco de oro que se llevaron y lo que le dieron fue una casita en Esmeraldas, nada, y la señora está ahí pobre. Un señor también sacó una careta, le quitaron igual, no le dieron nada, creo que el señor de eso se enfermó y se murió. La Tolita ha sido explotada por el gobierno, porque las cosas más grandes las quitaban y se las llevaban (...) el sol de oro, el sol de oro lo sacó el señor Tarciso Montaña de aquí (...) Y la más tristeza es que el Estado no se acuerda de estas tierras, el Estado no se acuerda de la gente que más plata le ha dado, porque esta tierra es la que más plata le ha dado al Estado, mire las mejores piezas que hay en el Banco son de esta tierra, y el Estado no se acuerda de aquí, mire qué abandonados estamos. (Entrevista 09 Aida Castillo. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Me atrevería a asegurar en este punto que existe, en el fondo, una discriminación significativa y estructural por parte del Estado para con esta población, ya que al parecer ha realizado esfuerzos millonarios para tratar de rescatar y proteger el patrimonio arqueológico del indio muerto que propiciar la protección básica de las poblaciones afrodescendientes.

Hasta aquí he tratado de describir la transformación de tres de las cinco formas de apropiación identificadas hasta el momento en La Tolita: la huaquería (en sus formas de covada y playada), el comercio (muy injusto por cierto, del que hace parte y el cual, como se habrá notado en las citas textuales, no es sólo monetario sino que también se ha dado en forma de intercambio de productos o de regalo, especialmente para personas que son consideradas “gringos” o que vienen de la sierra, muchas de ellas auspiciadas por el estado) y los sueños (de los cuales se puede decir que son, o eran, manifestaciones inconscientes de

la intensiva apropiación de facto, así como conexiones profundas con el entorno en el cual se asienta esta población – es suficiente con recordar las especificaciones de los lugares en los sueños y su posterior reconocimiento en la isla).

Réplicas y reinenciones

Las otras dos formas de apropiación, menos frecuentes y más recientes, son la producción de artesanías a partir de piezas halladas en la isla o con materiales arqueológicos (como los huesos) y el coleccionismo (del cual sólo hay un caso: Antonio Alarcón).

Primero se dará cuenta de los artesanos, a partir de dos entrevistas abiertas se ha tratado de profundizar la razón por la cual las hacen. Para Wilfrido Casierra, es una forma de vida en sí misma, que combina con otras actividades que ha aprendido de un modo autodidacta. Mientras que para Conrado, el otro artesano abordado y dedicado muy esporádicamente a este oficio, es sólo un pasatiempo y no se dedica necesariamente a la comercialización de sus artesanías. Los dos, junto con Washintong “Washo”, son los tres únicos continuadores de una pequeña empresa que trató de crear la Fundación Sinchi Sacha en 1998, la cual intentaba que se crearan piezas para un comercio más fluido y que integrara a la comunidad. Sin embargo, el proyecto fue relámpago, y aunque crearon un horno para la cocción de la cerámica, ahora está en desuso y deteriorándose rápidamente. Al parecer, esto es generado por un desinterés que se alimenta de las pocas posibilidades de comercio y los altos costos de transporte de las artesanías, así como los precios que consideran injustos.

Wilfrido Casierra es el único de los tres que lleva trabajando con las artesanías desde los años 80 y asegura que puede hacer marimbas, maracas, “muñecos de barro”, tallados en huesos antiguos, en madera y las réplicas que quiera. Esto lo hace especialmente en la isla, pero en Guayaquil, donde prefiere estar ahora por las oportunidades laborales, y donde tiene una hermana, es pintor y electricista autodidacta.



Fotografía 4: restos materiales del proyecto artesanal que trató de crearse por medio de la escuela y con gestiones de Sinchi Sacha a finales de los noventa.

Hablando con el señor Casierra, el que más tiempo lleva dedicado a la producción artesanal, comenta cómo las cosas, antes de la dolarización eran benéficas para su negocio y arte, llegando incluso a tener la posibilidad de rechazar buenas ofertas (aunque algunos vecinos se lo atribuyen más al alcoholismo que a otra causa):

Yo me metía semanal como 200 mil sucres. Fíjese que perdí una ganga, porque el Banco central, (...) más claro, de artesanía sabía bastante, me estaba tratando como restaurador del Banco Central de aquí de Esmeraldas. Perdí eso porque el problema fue que (...) el señor Franciso Valdez, ahí había un salón, en la Loma del Tamarindo, era como las seis de la tarde, no me mandó hombres, seis mujeres me mandó aquí, ya me conocían las muchachas, ya habían trabajado aquí, me las mandó como para que me conquistaran y me llevaran (...) la pregunta fue: “¿bueno, y cuánto me va a pagar?”, me dicen que ahí no va a ganar no más 120 pero de ahí le van a ir subiendo. “No me alcanza” - le digo, es que yo mensual me ganaba 800 mil sucres, solamente trabajando la semana, y solamente trabajaba mis 3, 4 días [a la semana] haciendo estos muñequitos de hueso. (...)

[Al comienzo] Más eran muñecos restaurados: así muñecos que salían sin cabeza unos les buscaba la cabeza y al que le salga, le llegue, se la coloca (...) en Esmeraldas se le vende a un señor Luna, Luis Luna. (...) Todas las profesiones que yo me sé las he aprendido solo, sólo viendo, alguna pregunta le he hecho al que sabe y de ahí, yo (...) Yo comencé haciendo muñecos, pero sólo la cabecita, ahí estaba estudiando yo en Guayaquil [el bachillerato], no hacía muñecos enteros. Cuando ya vine de allá fue que empecé a ponerles manos... a ponerlos enteritos ya, solamente hacía muñequitos, pendientes pequeños (Entrevista 06 Wilfrido Casierra “Wicho”. Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

La falta de estímulos para la producción artesanal es casi obvia, a pesar de la oportunidad que perdió el señor Casierra de trabajar para el BCE. Él asegura que no le gusta casi trabajar en el monte, ni en la pesca ni en agricultura ni en ganadería, y que por eso prefiere la artesanía. Por su parte, tanto Washo como Conrado prefieren ir a la fija y comercializar con los productos que el manglar, el río y los cocotales les da, incluso si les toca hacer de jornaleros. Pero les gusta la producción de réplicas, y cuando hallan alguna pieza que les llama la atención, incluso tiempo después de haberla vendido, la replican según sus recuerdos. No planifican lo que hacen, todo lo hacen en la mente y con el material en la mano, de lo cual se sienten en verdad orgullosos. En especial Washo, quien ha realizado incluso trabajos para personas de la capital de la provincia con temas no arqueológicos y de

exploraciones más personales (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Pero Washo no se le dedica tanto a la artesanía como quisiera. Antes sí, cuando estuvo el proyecto de la Fundación Sinchi Sacha, pero luego empezó a disminuir, por eso ahora se dedica a cosas muy puntuales. Su posición es clara con respecto a lo que debería hacer el estado con los artesanos en la isla:

[Esta producción de artesanías] empieza a mermar a raíz de que se llevan el... saquean el museo. Porque una vez que se creó el museo había una... había bastante concurrencia de turistas, tanto nacionales como extranjeros mismos... tenía fama... claro, tomó una fama bien alta. Y a raíz de eso ya dejaron de venir los turistas y tampoco ya no era negocio...[aproximadamente el año 2000]. Y después hice un contacto con Sinchi Sacha mismo en... porque ellos compran lo que es la artesanía. Hice como unos tres viajes, pero no me resultaba. El asunto es que... la cultura... esta cultura de aquí es una cultura muy, un poquito muy... ha sido un poquito muy difícil, casi de trabajarla porque son trabajos artísticos un poquito complicados, es decir... y a veces yo en una pieza me echaba una semana, por ejemplo, una pieza... y una pieza... que usted se eche por ahí una semana, debe sacarle... porque está echándose... póngale que usted se gane diez dólares diarios, trabaja por una semana, por cinco días pongámosle, por cinco días son cincuenta, más el arte. Es una pieza que tiene que estar rindiendo unos ochenta dólares, redondeando, más o menos. Y ahí me dijo “no, que no puedo pagarle más de veinte dólar, porque, bueno, allí me venden una más grande”, pero allí es molde y lo que hago acá es todo a mano, se lleva mucho más tiempo. Entonces, no me daba. Y otra de las cosas es también que ellos trabajan... por ejemplo, usted entrega en este mes y tenía que ir a cobrar el otro mes, le pagaban. Y de qué uno también sobre vive si se dedica solamente a esa actividad. (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Colecciones in situ

Relacionado con este último aspecto que menciona Washo, tenemos (como última forma de apropiación significativa encontrada) un coleccionismo problemático. En los tiempos en los que estaba la fundación Sinchi Sacha (cuenta doña María Mideros fuera de grabación) fue que se creó el museo en 1998 y que fue saqueado en el año nuevo que despedía el año 2000. El museo fue saqueado justo en una fiesta tan celebrada como el año nuevo, aprovechando que el museo no tenía como celador sino a un padre de familia voluntario



Fotografía 5: En esta foto se puede ver la habilidad de Washo para la escultura en cerámica, siendo además una reconstrucción de una de las mejores piezas que ha encontrado y vendido (la original era al menos la mitad más grande), y la cual asegura haber realizado de memoria y sin bocetos previos.

(según la entrevistada), el cual se unió al festejo justo a las doce de la noche y todos culpan a alguien de dentro de la comunidad (con sus respectivos y desconocidos cómplices), pero nadie, sólo la señora Mideros, se ha atrevido a usar nombres. De hecho, ella fue acusada de tal robo, pero ella se defiende diciendo “Mi familia no tiene que hacer esas cosas (...) Ahora sé que esos muñecos estuvieron en Olmedo guardados (...) allá dizque estuvieron guardados donde una señora” (Entrevista 07 María Mideros. Mujer, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

Lo único que queda de aquel museo, que aseguran era espectacular, con grandes figuras de cerámica completas y de gran maestría, es una estructura que se la está devorando la vegetación (y algunas nuevas viviendas) y unas fotos en el juzgado en San Lorenzo, por un juicio que en 2001 la señora Mideros inició contra José Torres, el cual fue salvado gracias a la intervención (muy sospechosa para la señora Mideros) de Homero López, un antiguo prefecto de Esmeraldas.

Las piezas que quedaron del museo son algunas piezas de oro (que tampoco se exhibían), de cerámica y de madera (incluyendo algunas réplicas) que conserva la señora Mideros en la escuela del recinto. Ella asegura que son usadas para la educación en ciencias sociales por parte de la maestra Yolanda Mejía, sin embargo, esta afirmación parece tendenciosa, excusándose inmediatamente asegurando categóricamente: “Cuando yo estudié nunca nos enseñaron que esto era un lugar arqueológico importante” (Entrevista 07 María Mideros. Mujer, 50 años, La Tolita. 20/02/2010).

El señor Antonio Alarcón, guía del museo en esa época, montó desde 2001 su propio museo, un museo privado del cual se quiere deshacer y asegura estar decepcionado de La Tolita, por la falta de colaboración y de interés de la gente en lo que ha tratado de hacer como promotor del turismo (cosa que muchos consideran injusta porque en realidad no genera empleo ni reparte ganancias). Aunque todos en el recinto poseen alguna pieza arqueológica en su vivienda, nadie es un coleccionista propiamente dicho, ni siquiera la señora Mideros, la cual es más bien una comerciante.



Fotografía 6: restos materiales del museo de sitio que fue robado al poco tiempo de haber sido fundado en la isla. Una imagen de unos seis meses después muestra la velocidad con la cual son reciclados los materiales.

El único coleccionista que es reconocido como tal es Antonio Alarcón, el cual acepta estar completamente aburrido con el pequeño museo que mantiene en la isla. Actualmente don Antonio vive en Esmeraldas con su familia en un lugar de alto riesgo de deslizamientos, a pesar de lo cual asegura no querer volver a saber nada de La Tolita. Dice que lo único que lo que quiere es que el Estado (o la FLACSO, por medio del proyecto que ejecutó hasta febrero de 2010) le compre su colección y le pague por los arreglos que ha hecho en la tola que llaman “El Pinzón”, la cual ha cercado y ha plantado a su alrededor árboles frutales. Asegura haber perdido más de lo que ha ganado con ese museo, pero lo que más lo desmotiva es el hecho de sentir que en La Tolita todos son unos “desagradecidos” que no le dan el crédito que se merece por mantener ese museo.

Durante mi primera temporada de campo intensiva, cuando Alarcón no estaba en la isla, el que estaba encargado de este museo era Lorenz “Toro” Camacho, un comerciante de gasolina que dice comprender a Alarcón y que cuida del desprotegido museo de unas 800 piezas (la mayoría fragmentos, unas dos osamentas humanas completas y huesos de animales hallados en tumbas). Dice al respecto, que él es el único que lo comprende ya que muchos en la comunidad lo toman como loco:

(...) Aquí hay un compañero que se llama Antonio Alarcón, el mini museo que hay aquí es de él, ha sido un museo privado, porque el museo de aquí Tolita Pampa de Oro fue saqueado hace más o menos unos doce años, lo saquearon un treinta y uno amaneció primero, de diciembre; aprovecharon que la gente estaba tomándose unas copas, se metieron por la parte de atrás de la playa y saquearon el museo. Supuestamente fueron unos nativos de esta comunidad que qué vergüenza para ellos que siendo de aquí, moradores de aquí de la comunidad ellos mismos tuvieron la metodología... o sea el juego intelectual de llevarse las piezas que iban a servir más adelante hacia el futuro, el futuro de nuestros hijos que no tuvieron conocimiento de eso, no les importó eso, sino que solo lo dejaron totalmente desvalijado, se robaron todo. O sea, no todo el conocimiento de quiénes fueron, pero, más o menos aquí, los que viven aquí, entre unos y entre otros saben quiénes... sino (...) sino que nadie dice nada.

(...)

Él es un luchador sólo, él ha luchado solo, él aquí no tiene el apoyo de la comunidad (...) Pero igual la gente más viene aquí por... no por lo que hay, la gente quiere pisar de dónde han sacado las piezas, las máscaras de oro, quiere vivir la realidad de donde sacaron las piezas, la gente viene más es por eso, no por lo que hay (...) En los otros museos usted no puede tocar, solamente en este, usted aquí tiene la oportunidad de tocar, mirar cómo lo hicieron (...) tiene la oportunidad incluso de ir a huaquiar, de ver

cómo se huaquea. (Ent. 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010).

A pesar de todo, tiene algo de razón “Toro”: las personas que vamos actualmente a La Tolita lo hacemos por conocer la realidad de dónde sacaron las piezas, algunos más por conocer el medio ambiente en donde se “desarrolló” esta cultura arqueológica, otros por conocer el proceso en el cual se ha extraído la riqueza que la hace famosa internacionalmente. Ya en la segunda temporada intensiva de campo, pude entrevistar tranquilamente a don Antonio, en La Tolita. En la primera ocasión había tratado de hablar con él en Esmeraldas, pero una emergencia familiar lo tenía demasiado angustiado. Ya para julio, cuando hay una llegada importante de turistas a la zona, lo pude entrevistar, en donde me habló de cómo surgió el museo, de los pocos y esporádicos colaboradores que ha tenido y de cierto distanciamiento de la comunidad.

Básicamente el museo surge después de haber terminado el proyecto arqueológico, hacia 1989-1990, dejando vislumbrar en su relato las causas últimas de esta labor (ser recordado):

Yo estaba comprando piezas porque yo sabía que algún día iba a pasar algo, y tenía mis piezas en mi casa. Desapareció el Banco Central, hice mi proyecto y lo puse. Como no hubo nadie que apoyó porque decían que yo era loco, hasta ahora me dicen que soy loco. Generalmente hasta donde conozco yo todos los que andamos con arqueología nos llaman locos... yo seguí adelante. Entonces, así pasó la historia de ese pequeño museo que tengo yo hace 27 años aquí. Entonces, como esto desapareció, pues hermano, yo he estado dando vida a esto; le he dicho a la comunidad que si algún día yo me voy o me muero, aunque eso queda, decir, “aquí hubo una persona que no dejó que esto desmaye”, esto sigue en adelante. Y yo lo he dicho claramente, compañero, yo estoy haciendo un recate, no es solamente para mi, para el país y para la comunidad (Ent. 17. Antonio Alarcón. Dueño de museo local. 48 años. La Tolita. 19/07/2010).

Al preguntarle acerca de su visión del indio extinto, ofrece, a diferencia de los demás entrevistados, una versión de guía, ya repetida durante mucho tiempo y aprendida en gran medida durante el tiempo en el que Francisco Valdez y su equipo excavaron el yacimiento y relacionándola con su propia experiencia de vida en la isla:

Entonces, esta gente, estos montículos... ellos no los crearon porque sí. Las aspiraciones de ellos fue la siguiente... yo me recuerdo tanto en la historia de mi padre que en 1942 en la provincia de Esmeraldas fue el

último fenómeno del niño más fuerte que hubo aquí en Esmeraldas ¿sí? Entonces hacemos un paréntesis, que esta gente, esta gente vivió igual como nosotros ahora ¿sí? Todo lo que es parte baja. Entonces en lo que es el fenómeno del niño, las inundaciones del río, esta gente pensó en trasladarse pa'l río Santiago que allá pa'l río Ónzole y luego traer tierra en barcazas y hacer las elevaciones. ¿Para qué hicieron esto? Para proteger a toda su generación que estaba al borde de desaparecer de esta isla ¿no?, eso fue lo que hicieron ellos. Y fueron utilizadas como tumbas y a la vez como viviendas, porque en las cimas de ellas hacían los ritos mortuorios de la gente que se moría, los terratenientes, los caciques. En los montículos. Entonces eso fue lo que pasó sobre los montículos artificiales de esta isla.

(...)

Lo que pasa con la cerámica acá en la isla... lo que pasa es que aquí fue directamente el centro. Aquí fue el centro de trabajo directamente de esta cultura, que aproximadamente tres mil personas indígenas vivieron aquí en esta isla... [Mucha gente para esa época] Claro, esta isla tiene unas dos mil y pico, me imagino yo, porque es muy grande. Entonces, se dedicaron directamente a labrar lo que es la cerámica, el oro, el platino, la esmeralda, la madera, el hueso, la piedra y la concha ¿no? Pero iniciaron haciendo intercambios con otras tribus que estaban a sus alrededores, entonces por eso es que se encuentran tantos restos arqueológicos. (Ent. 17. Antonio Alarcón. Dueño de museo local. 48 años. La Tolita. 19/07/2010).

Esta es la versión que tiene don Antonio del pasado prehispánico de la isla. Al menos de la parte que dejan entrever los restos arqueológicos. Es significativo que lo llamen loco, y que de hecho no le incomoda del todo, ya que eso quiere decir que es alguien que no ve de la misma manera a los objetos arqueológicos. Pero lo cierto es que en realidad su motivación de coleccionar tiene un fin más comercial que intelectual, lo que se demuestra en su desesperación por salir de esos materiales y hasta del terreno que ha cuidado e intervenido durante varios años. Es decir, en don Antonio parece florecer tanto la pasión por poseer esos objetos como la necesidad y el deseo de venderlos al mejor postor, lo que de hecho lo haría parte de la tendencia general de considerar, por parte de los toliteños, a tales vestigios como fuentes de dinero antes que como fuentes de conocimiento.

Es por esto que en el apartado siguiente se tratará de mostrar esto. Primero, cómo es valorada toda esta cantidad de materiales y montículos prehispánicos por parte de ellos a través de dos ejercicios básicos: el dibujo y una encuesta abierta. Estos instrumentos serán

explicados en detalle en el siguiente apartado. Pero antes de comenzar, vale la pena un breve repaso de lo dicho en este.

Se ha visto cómo ha declinado la práctica de la extracción y comercio de piezas arqueológicas en los últimos diez años, gracias a fenómenos macro (como el endurecimiento de las leyes en torno al patrimonio arqueológico, tanto en Colombia como en Ecuador, así como la dolarización de la economía ecuatoriana) como a fenómenos micro (el agotamiento de los yacimientos tradicionales en la isla, la militarización de la zona durante algún tiempo). También se ha visto cómo las formas de apropiación de este patrimonio son juzgadas (negativamente) por su poca rentabilidad económica y su alto coste de energía (ya sea en labores propias de huaquería o en el cuidado de piezas arqueológicas o en la realización de réplicas y artesanías). Esto parece ser suficiente para ver cómo, a pesar de la altísima relación física con estos objetos arqueológicos y su permanencia en la historia como una fuente de ingresos, las formas de apropiación extractivistas tradicionales reflejan una valoración negativa de tales objetos. Del mismo modo, se nota que, a no ser que sea en sueños o como parte de un discurso prefabricado, la imagen que socializan del amerindio extinto es escasa y sin mucha importancia.

A pesar de esto, en el siguiente apartado se tratará de mostrarlo más detalladamente, tratando de ampliar el panorama y, a partir de ejercicios más abiertos que la entrevista, explorar la posición de los objetos arqueológicos en el sistema de significados que da valor a los objetos en la población que habita actualmente La Tolita Pampa de Oro.

El valor de los objetos arqueológicos para los toliteños

Como bien lo expone Graeber (2005), la noción de valor en las ciencias sociales, así como en la antropología, ha tenido diferentes conceptualizaciones, entre las que resaltan tres: una económica, una lingüística y una sociológica. Este autor asegura que es posible hablar de valor en los tres sentidos simultáneamente sin caer en discusiones metafísicas o ambiguas. Es más, asegura que las propuestas teóricas en antropología que han tratado de abarcar el concepto de valor fallan en cuanto ignoran uno o más sentidos.

Es decir, Graeber ve la posibilidad de usar un único sentido de valor cuando hablamos del precio de una mercancía, del significado de un morfema y de los “fines

últimos de la existencia” de una sociedad. Y su unidad la halla en lo que Gary Palmer (2000), un lingüista cultural, llama *imaginería*. Esta consiste en la configuración que existe entre las ideas-imágenes presentes en cada lengua y sus variaciones en contextos comunicacionales específicos. Partiendo de la idea que no se puede estudiar la gramática separada de la semántica (Palmer, 2000: 53-54; citando a Langacker, 1990a), Palmer argumenta cómo las palabras son evaluadas en cada situación por parte de los hablantes de una lengua, dejando incluso un amplio margen para construir nuevos significados emergentes. Es así como se comprende la identificación en este caso, ya que si esta emerge por medio de representaciones (a través de lenguajes no lingüísticos) y estas representaciones no son estáticas, la identificación es también variable.

Ahora bien, la variabilidad, tanto del lenguaje como de la identificación, va a depender en gran medida de la formas en las cuales se valore y se apropie aquello con lo cual existe una relación de identificación (o, para el caso de Palmer, de la relación lingüística). Y es la imaginería, o como prefiero llamarlo, el sistema de representación (con sus jerarquías y paradojas), lo que se trata de conocer el últimas al tratar de conocer la forma en la cual se valoran, en este caso, los objetos.

La propuesta de tratar de “medir” o calcular la intensidad en la cual las personas que habitan La Tolita valoran a los objetos arqueológicos, se basa en un ejercicio apropiado del arte contemporáneo quiteño. El artista Falco realizó en 2005 un ejercicio en el marco del festival de arte contemporáneo Al-Zurich¹⁶, llamado “Galería Viva”. En este ejercicio, el artista invitó a varias familias de una misma cuadra de un barrio del sur de la ciudad de Quito a exponer un objeto que se encuentre en su casa, que represente lo bello, lo bueno y lo verdadero (categorías para evaluar lo estético según Platón) para ser expuesto ante la comunidad. El artista tenía en mente alejarse de lo que él llama “la cultura del museo”, de aquella “caja blanca” que mantiene una forma de valoración de objetos muy especializada y cerrada. Él quería explorar el por qué determinados objetos son valiosos para la gente “del común”, poniendo así en tela de juicio la forma en la cual se define qué es y qué no es una obra de arte, y para quién es ese tipo de obra. Con 20 familias trabajó durante el festival,

¹⁶ www.arturbanosur.blogspot.com

que en el momento de la exhibición recibieron a vecinos y extraños en sus hogares para mostrar el objeto seleccionado y dispuesto en una ubicación seleccionada por la misma familia dentro de la vivienda (Ent. 13 -sin grabación- Fernando Falconí “Falco”. 35 años, Quito. 06/04/2010).

La adaptación de este ejercicio (que contó con la aprobación manifiesta del artista) para mis fines investigativos consistió en 20 encuestas abiertas a hogares (lo que representa más 25% de los hogares del recinto), en la cuales se les pedía a 28 cabezas de hogar (ver cuadro 2) que eligieran tres objetos de su propiedad, muebles: el más útil, el más bello y el más propio. La idea era ver si en alguna de estas tres categorías se incluía algún objeto arqueológico, dando como se esperaba resultados negativos. Así que siempre se hacía la pregunta directa de si tenían algún objeto arqueológico y las razones de tenerlo o no tenerlo.

Tabla 2: Distribución por cantidad, género y estado civil de los hogares con los que se realizó el ejercicio del “museo doméstico”.

Género*	Total	Estado civil	Total
M	6	Unión libre	8
F	6	Casados	8
M y F	4	Viuda/o	2
F y M	4	Separado	1
		Soltero	1

* M y F, por separado, se refieren al total de hombres y mujeres, respectivamente, encuestados de modo separado; mientras de los otros dos (M y F; F y M) se refieren a las encuestas realizadas a ambos cabeza de hogar, marcando el orden en el cual el hombre o la mujer marcaba la pauta de las respuestas.

Empecemos con lo arqueológico. La mayoría de gente asegura que no tiene piezas (80% de los encuestados), obviando cualquier tiesto u olla que tienen olvidada en algún lugar de la vivienda y se pudo demostrar que sólo 5 de los 20 hogares tenían unas reservas de piezas para la venta. De hecho, esta es la principal razón que dan para no tener piezas: que las han vendido. Esto se confirma con el énfasis de una de las encuestadas, la cual se refirió a unas piezas cerámicas fálicas que me mostraba su esposo: "sólo tiene un pene pa' vender [...] no lo tiene de recuerdo".

Sólo uno de los encuestados mencionó que los objetos arqueológicos no se pueden tener porque traen mala suerte. "Viene el mal porque los indígenas no eran benditos sino salvajes". Sin embargo, tienen una vasija grande como florero y al resaltárselo, se muestra escéptico y cree que esto se debe más al mal manejo del dinero, no sin poner en relieve que muchos comerciantes y coleccionistas han quedado en la miseria (Encuesta 3. "Museo doméstico").

De los tres hogares que me mostraron piezas que tenían, todas dispuestas a la venta, en dos de ellos sus cabezas estaban casados y la otra encuesta fue a un hogar unipersonal, del único soltero encuestado. Se debe anotar que ambas encuestas a los casados fueron dirigidas las respuestas por los varones, lo que hace que el comercio de piezas un negocio masculino, a excepción de la señora Mideros, la cual controlaba el comercio con el exterior del recinto. Pero al estar yo en esta posición de "gringo" visitándolos directamente en sus casas con propuestas de un "museo doméstico" imaginario, no sólo me las mostraron, sino que incluso me regalaron algunas (lo que implica una muestra de amistad, así como se ofrecen los frutos de zona).

Muchos botan por desinterés y tratan de deshacerse de esas cosas y los que tienen es por si acaso alguien las quiere comprar. Sin embargo, por lo menos la mitad de los encuestados recordaban piezas (ellos más de cerámica y ellas más de oro, como colgantes) que les hubiera gustado conservar, pero que vendieron porque para eso las habían sacado. Además, como la covada se hace entre por lo menos dos personas (no así la playada), las ganancias son más fáciles de dividir con dinero que dividiendo el botín.

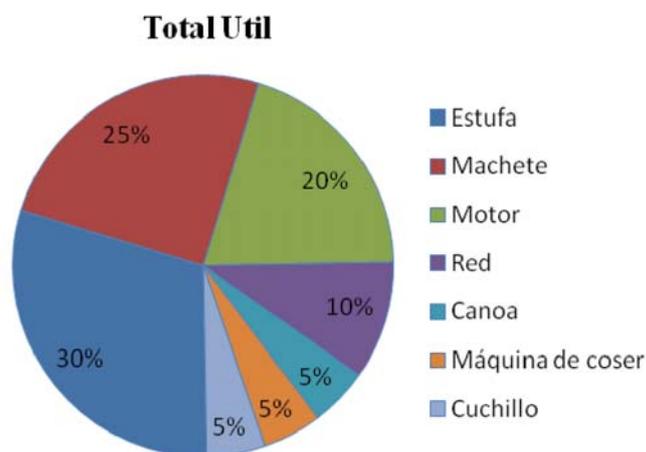
Ahora se tratará de comprender por qué al parecer están tan alejados los objetos arqueológicos de ser valorados como útiles, bellos o propios por parte de esta población. Como se dijo anteriormente, esta encuesta trataba de hacer que las personas encuestadas eligieran el objeto más útil, el objeto más bello y el objeto más propio. Eran preguntas difíciles, ya que son ambiguas e inusuales, y además no se les ofrecían opciones a sus respuestas, y las recurrencias salieron *post facto*. Como se percibe en las gráficas, ningún objeto arqueológico fue mencionado, por lo cual se agregó la pregunta sobre si tenían o no objetos arqueológicos y por qué.



Fotografía 7: Esta fue la mayor colección de objetos arqueológicos que alguien me mostró durante la realización del ejercicio del “museo doméstico” y es muy diciente en cuanto al estado en el que se encuentran las piezas que se tratan de vender. Ninguno las tiene para sí, exceptuando unos cuantos fragmentos decorativos con los que juegan los niños y algunas vasijas reutilizadas como maseteros.

Entre los objetos útiles (gráfico 3) sobresalen el machete y la estufa a gas. Sus razones son obvias: la versatilidad del primero para las labores agrícolas y pesqueras, y la comodidad y velocidad de la segunda para preparar alimentos. A diferencia de la estufa, el machete debe ser reemplazado regularmente, mínimo un par de veces al año, pero es indispensable para la cotidianidad productiva local, por lo cual la mayoría (tanto hombres como mujeres) tienen más de dos machetes disponibles. Y no es que hayan sido exclusivamente las mujeres las que eligieron la estufa o los hombres el machete. Para ambos géneros cada uno de estos objetos tenía la misma relevancia según la encuesta: en tres de los cinco hogares en donde se realizó la encuesta y se eligió el machete, los encuestados eran hombres y las dos restantes del género complementario; mientras que tres hombres y tres mujeres eligieron a la estufa como su objeto mueble más útil.

Gráfica 3: Distribución porcentual de los objetos útiles identificados en el ejercicio “Museo Doméstico”¹⁷.



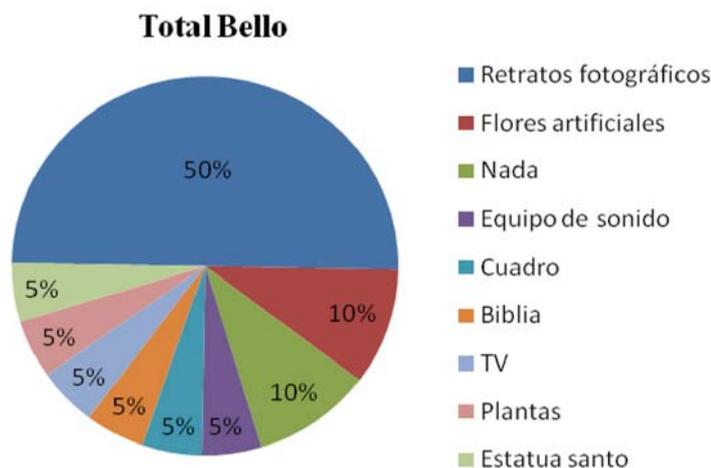
¹⁷ El uso de gráficas estadísticas en este documento no exime la crítica de este tipo de recursos para las demostraciones de “superrealidades” cuantitativas. Estas gráficas son sólo ilustraciones que muestran la recurrencia y variabilidad de las respuestas de este ejercicio etnográfico y no pretenden ser radiografías fieles de la valoración de los objetos en esta población sino una guía para comprender la forma en la que valoran los objetos que los rodean.

Los demás objetos mencionados como los más útiles siguen refiriéndose a labores productivas, destacándose las labores de pesca representadas por un 35% de objetos mencionados y relacionados directamente con estas labores (motor, red y canoa). Si bien muchos toliteños prefieren la tierra firme y la agricultura, los conocimientos pesqueros y de navegación hacen parte del trasfondo tecnológico y ambiental más común e importante de la isla. Este punto es clave ya que, como se verá más adelante, esta intensa apropiación territorial va a servir de puente en su relación imaginada con el amerindio extinto (lo cual se puede ver también en los sueños, en los cuales los lugares son detallados y reconocidos como el tema de comunicación con “los indios”). Pero también es clave teniendo en cuenta que estas actividades son relativamente recientes para los toliteños como actividades productivas cotidianas.

A partir de este ejercicio es posible decir que la valoración de la utilidad de un objeto por parte de estas personas se basa en la versatilidad y capacidad de este objeto de servir en la provisión de alimento y dinero por medios agrícolas y pesqueros. Algo que parece una perogrullada a la vez que un reduccionismo. Sin embargo, este ejercicio no esperaba ir más allá de lo observado superficialmente, sino ratificar que la valoración que estas personas le dan a los vestigios arqueológicos no es tanta como yo lo esperaba al comienzo de esta investigación. A su vez, este ejercicio buscaba ver lo más significativo, invitando a los encuestados a elegir uno entre tantos objetos que componen su vida diaria, por lo que muchas veces dudaban un buen tiempo o decían “todo es útil”, o “todo lo que tengo es bonito” o “es mío”.

En las respuestas a estos dos últimos (los objetos más bellos y propios), surge un resultado inesperado: el altísimo valor de los retratos fotográficos. Sin embargo, este tema requiere un tratamiento más profundo y especializado que no se aborda en este trabajo sino indirectamente. Lo que interesa de ese valor de la fotografía radica en la memoria, lo cual lo conecta con los demás objetos que componen las respuestas de lo propio, mientras que las respuestas de lo bello (que no fueron fotografías) se centraron en el placer de ver (las flores, el cuadro, la TV), sentir (el equipo de sonido, nada) o cuidar (el santo y la biblia).

Gráfica 4: Distribución porcentual de los objetos bellos identificados en el ejercicio “Museo Doméstico”



Antes de exponer mi interpretación de esta altísima recurrencia de la referencia a las fotografías como los objetos más bellos poseídos por los toliteños encuestados, se debe aclarar que probablemente este gráfico hubiera sido distinto si hubiese tomado en cuenta la primera respuesta que me dijeron 4 personas más en esta pregunta: la televisión. Cinco personas (la cuarta parte de los encuestados, más uno que ofreció esta respuesta en lo útil, ya que le ayudaba a enterarse de las noticias) consideran que la TV es una fuente de belleza. Pero sólo se dejó a uno porque, ante mi insistencia para que se refiriera a una fuente de belleza que no necesite energía eléctrica ni que sea emitida desde tan lejos, fue el único que no ofreció más opciones (los demás cambiaron sus respuestas así: dos hacia las fotografías, uno hacia las flores artificiales y uno hacia las plantas).

La televisión les hace sentirse más conectados con el exterior de la isla, habiendo por lo menos cuatro familias con televisión satelital y las demás con antenas de aire que reciben especialmente un canal privado colombiano. Estos vienen acompañados y conectados, por lo general, con un equipo de sonido y un reproductor de dividís, lo que los hace verdaderos centros multimedia en donde se combina la música, el cine y la televisión en sí. Pero más allá de estas respuestas, lo bello no sólo les traía ideas acerca del placer o el ocio, sino de la bondad, la tranquilidad y el “cariño” (de un modo casi sagrado), con



Fotografía 8: ejemplo de retrato fotográfico, en el cual se nota los retoques realizados por un artista así como su visible ubicación en la sala de uno de los hogares encuestados.



Fotografía 9: los retratos fotográficos, como objetos valiosos por la idea de belleza que contienen, son ubicados cuidadosamente en las partes más visibles de las viviendas, compartiendo espacios con objetos imágenes también consideradas bellas para sus propietarios.



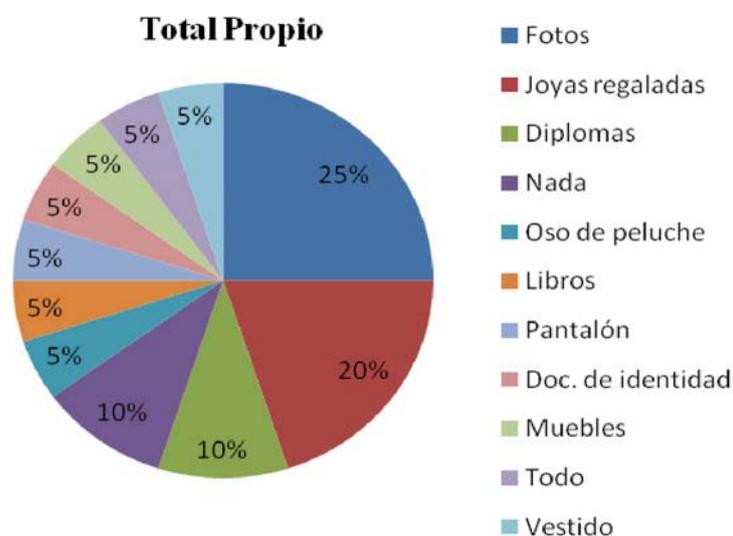
Fotografía 10: a pesar del rápido deterioro que en esta zona geográfica alcanzan las fotografías, estas, cuando no pueden ser enmarcadas, son cuidadosamente guardadas en biblias, bolsas plásticas o incluso, como en este caso, en el manual del motor fuera de borda.

expresiones como: “lo más bonito es mi familia”, “mis hijos”, “mi trabajo”. Casi todos los encuestados comenzaban respondiendo de esta manera, por lo cual era muy común recordarles que el ejercicio giraba en torno a los objetos, quedando suficientemente en claro cómo las fotografías son apoyos de la memoria para la generación de esos sentimientos de sobrecogimiento y añoranza.

El valor que parece tener el retrato fotográfico en relación con otros objetos radica más en la imagen que contiene que en la calidad del medio (ya que es muy frágil), siendo esta imagen un viaje en el tiempo, un apoyo memorístico del yo, del amor compartido, especialmente el familiar. En este sentido, mientras en lo útil las características como la dureza, resistencia y versatilidad eran las que guiaban la valoración, al preguntárseles sobre lo bello, lo que terminó guiando la selección de los objetos eran los sentimientos que estos generaban. (En este caso, la fotografía no es el medio de la imagen en sí, sino un referente para la imagen mental, la cual es mucho más importante que la imagen física colgada en la pared).

En este juego que trataba de decantar emociones en los objetos parece consistir la referencia a lo propio, ya que la más de las veces, los objetos elegidos hacían parte de la memoria de ahora o para el futuro, es decir, de la herencia. Cada uno de los objetos enlistados en la gráfica 4 son para recordar logros personales (como los diplomas), parientes (especialmente de mayores a menores y viceversa) o para dejar un legado a sus descendientes.

Nótese la distribución de los tres gráficos, en los que resalta la variabilidad de las respuestas para tan pocas encuestas (a pesar de ser una proporción significativa con respecto a la totalidad de hogares del recinto), siendo la más variable de todas, como se esperaba desde un principio, la que se refiere a lo propio. En este punto también hubo mucha dificultad al tratar de hacerles ver qué era lo que yo esperaba que me mencionaran como propio, ofreciéndoles que pensarán en lo propio como en lo más íntimo y personal que tuvieran.



Gráfica 5: Distribución porcentual de los objetos propios identificados en el ejercicio “Museo Doméstico”

Todo este panorama nos permite ver cómo la productividad y la memoria de los hogares son ejes fundamentales que rigen las formas de valoración de los objetos, constituyéndose en pilares de la significación del mundo, es decir, de la imaginaria. En este sentido, especialmente relacionado con la productividad (ya que el análisis del valor de la fotografía queda para una disquisición posterior al rebasar los objetivos de esta investigación), en la que juega vital importancia la configuración del territorio, es en el que ellos se relacionan más directamente con los antepasados extintos.

Pero antes de entrar en esta interpretación, es necesario resumir las técnicas que complementaron este ejercicio. Por medio de un ejercicio de la imaginación, se trató de explorar cómo adjudican valor en términos de utilidad, belleza y propiedad (sin pretender que estos sean los únicos términos por medio de los cuales explorar el valor) los adultos de la comunidad. Por su parte, tanto con jóvenes como con niños se realizó un ejercicio de exploración de la forma en la cual entienden su espacio en La Tolita y, ver si en este espacio los montículos artificiales (llamados “lomas” o “tolas”) tienen alguna relevancia. Así como se esperaba la manifestación explícita de los objetos arqueológicos como bellos o útiles en las encuestas del museo doméstico para saber si eran o no valorados de un modo

significativo, en los dibujos se esperaba inferir la relevancia de estas “lomas” por medio de su presencia o ausencia en éstos.

Para el caso de los niños, se trabajó con un grupo escolar, del cuarto grado de primaria de la escuela del recinto gracias a la colaboración de la maestra del curso Dalia Hinostrosa. Fueron en total 12 menores (5 niñas y 7 niños) de entre los 7 y los 11 años, los que se prestaron alegremente a dibujar. Si bien se esperaba que los resultados corroboraran lo que se halló en las entrevistas y en el museo doméstico, no se esperaba que fuera de este modo: ninguno de los niños mostró tola alguna, siendo por el contrario muy representativos el sol, la escuela, sus propias viviendas, el río y los árboles debido a la frecuencia en la que aparecen en los dibujos.

Si tomamos como cierta la premisa de la relación entre valoración y presencia en el dibujo de las tolas, es muy probable que estos dibujos hayan sido distintos para los niños de las décadas anteriores, ya que ni los recursos pesqueros eran tan explotados ni las viviendas tienen condiciones de electricidad como las tienen actualmente (por lo cual muchos niños pasan ahora más tiempo en sus hogares). De hecho, ninguno de estos niños ha visto o aprendido a covar o playar, por el simple hecho de que sus progenitores o protectores ya no practican esta actividad de un modo intensivo.

Algo que se realizó como complemento para este ejercicio con los niños, fue la creación de un dibujo por cada uno que mostrara qué querían ser cuando crecieran. Esta proyección hacia el futuro arroja también resultados muy homogéneos, ya que 6 de los 7 niños se dibujaron como personas armadas (un marino, dos militares, dos policías y un guerrillero) y 4 de las 6 niñas se dibujaron frente a una escuela, como profesoras de esta (las otras dos decidieron ir por caminos un poco distintos: una doctora en medicina y la otra como una evangelizadora). Estas proyecciones aportan pistas acerca de la forma en la que ven la vida adulta, mostrando que muchos de ellos esperan no quedarse para siempre en la isla y no hay muchas expectativas con respecto al trabajo agrícola o pesquero que realizan sus padres y madres.



Dibujo 1: Melissa, de nueve años, de nueve años, de nueve años donde más claramente se nota la ausencia de las tolas y la importancia de su vivienda para su representación del espacio, así omite detalles de la forma y ubicación específica de ésta.



Dibujo 2: Alexander, de nueve años, pone en relieve tanto su hogar como las actividades pesqueras al darles tanto una ubicación en su pequeño mapa como al hacer énfasis en su pigmentación.

Por otro lado, se tuvo la participación de diez jóvenes, de un modo más disperso que los niños, y sus edades oscilan entre los 13 y los 25 años, también distribuido de un modo equilibrado de 5 mujeres y 5 hombres. Al ser más disperso, se pudo trabajar más individualmente con ellos, pidiéndoles cosas más específicas (que, después de hacer el dibujo, señalen cuáles son los lugares de trabajo, de descanso y los que más les gustan). Y a pesar de que en estos dibujos sí aparecieron los montículos artificiales, esto no se debe tanto a la valoración que tengan de las “lomas” en sí, sino que, como se verá, la única tola mencionada es un lugar de esparcimiento para jóvenes y adultos.

Lo primero que contrasta con respecto a las tendencias de los dibujos de los niños es que estos dibujos de los jóvenes tienden a mostrar más frecuentemente a La Tolita como un caserío antes que como isla, preocupándose en algunos casos de trazar exactamente las calles (mientras que en los niños se representaba a la vivienda de un modo aislado). Así mismo, seis de los diez dibujantes ofrecieron al menos la imagen de la “Loma del Tamarindo” (la que se encuentra justo en el centro del caserío) y uno de ellos trató de mapear las más importantes de toda la isla por medio de un plano que la dividía por sectores. Sin embargo, de estos seis que dibujaron tolas, sólo tres mencionaron que era un lugar para descansar ideal o que era su lugar preferido del recinto.

Aquellos que identificaron las tolas, lo hacían tanto por su importancia en las planicies de la isla como por la brisa que en ellas se disfruta. Pero al hablar específicamente de la “Loma del Tamarindo”, su valor además de ser referente espacial y lugar de brisa, radica en el carácter social que ha adquirido. Al igual que el muelle (en donde se puede descansar del calor), esta loma es un lugar de encuentro, donde se realizan múltiples actividades lúdicas y comunitarias.



Dibujo 4: "Macho", de 21 años, fue el único que trató de hacer un mapeo general de la isla, tratando de mostrar, como la mayoría de varones participantes en este ejercicio, la importancia del río.

Una diferencia que emerge de las experiencias entre los niños y los jóvenes es que, como se mencionó, sólo un par de niños había presenciado una actividad de extracción de piezas arqueológicas, mientras que ocho de los diez jóvenes aceptaron saber covar o playar (las que no sabían ni tenían experiencia alguna en eso eran dos mujeres). De entre estos, son los varones los que aún, esporádicamente, tal vez una vez al mes, salen a covar. Las demás mujeres adujeron un leve desprecio a tal práctica, tanto por las dificultades de hallar algo de valor como por los peligros que implica trabajar en aguas estancadas durante horas, y por las cuales ya no playan.

Es posible decir, basados en los resultados extraídos de los instrumentos expuestos (encuesta abierta “museo doméstico” y mapas etnográficos con niños y jóvenes) que los objetos arqueológicos difícilmente hacen parte del conjunto de objetos más valorados en la isla. Esto contrasta con la visión que se presentó de la extensa, intensa y prolongada (aunque decadente) práctica de la huaquería. Por un lado, existe una tradicional relación comercial e histórica con estos objetos que ha hecho que estos vestigios hagan parte importante de la vida cotidiana de los toliteños (es decir, existe una considerable apropiación); y por otro lado se tiene que la valoración de estos objetos es mínima en relación con objetos relacionados con las labores productivas y lúdicas, y los retratos fotográficos (entro otros).

¿Es posible decir en este punto que existe una identificación significativa de estos habitantes con los antiguos pobladores? Eso es lo que se tratará de argumentar, primero, a través de la descripción de la imagen que tienen los actuales toliteños de sus otros arqueológicos y, posteriormente, a través de la comparación con un caso en Manabí: Agua Blanca. En el siguiente pasaje espero demostrar cómo se establece esta identificación a pesar de la ausencia de una forma contundente de valorar estos objetos.

Formas de identificación de los toliteños actuales con los prehispánicos (comparación con el caso de Agua Blanca, Manabí)

Cuando se hace referencia a la identificación, no se homologa esta a la identidad. Como se vio en el capítulo II, la identidad hace referencia a un conjunto de elementos que se tratan de legitimar como autóctonos y específicos de un grupo social a partir de mecanismos de

anclaje a una tradición y, por lo tanto, de legitimar ciertas formas hegemónicas de esta tradición. La identificación, por su parte, es un fenómeno más dinámico, en el cual es la alteridad, antes que la identidad, la que posibilita este dinamismo. Conocer cómo se genera identificación parte del presupuesto de considerar que incluso nuestros seres más cercanos (familiares, amigos, compatriotas...) son “otros”, es decir, del principio de alteridad expuesto también en el capítulo II.

En esta medida, la identificación nunca es plena ni constante, por lo cual las identidades sólo son manifestaciones temporales de procesos de identificación más cambiantes. Por esta razón, buscar cómo se generan las imágenes acerca del amerindio extinto es necesaria para saber si existen puntos de conexión entre lo que los actuales habitantes *son* y lo que los antiguos toliteños *fueron*. Y estas imágenes y representaciones serán el punto clave de comparación con las formas de identificación que se generan desde el estado (siendo estas más parecidas a las identidades como entidades en sí que a los procesos de identificación que se tratan de investigar en este trabajo).

No es que los habitantes de La Tolita Pampa de Oro hablen siempre de la imagen que tienen de los indios. De hecho, esta aparece esporádicamente y poco. Pero sí se habla mucho de los hallazgos, los cuales parecen ser más interesantes que el “indio” y es un tema más recurrente y fácil de explorar cuando se tiene confianza. Al comienzo del trabajo de campo, para poder explorar la imagen que se forman acerca de lo amerindios extintos, debí ser muy insistente, casi hasta el cansancio, ya que siempre comenzaban con un “yo qué voy a saber” o “los que sabían de eso eran los viejos viejos”. De hecho, un amigo de La Tolita, Lodys Caicedo, me decía: “toda esa gente que usted necesitaba ahora está encontrada con los indios” (lo que también demuestra cómo progresivamente se ha ido perdiendo representaciones acerca de esos amerindios milenarios y por lo tanto, ha habido un distanciamiento).

A pesar de esto, se logró hacer aflorar ciertas discusiones que corroboran la hipótesis del proyecto, la cual dice que la imagen que construyen sobre ellos se basa en lo que los habitantes actuales consideran que son, tanto en comunidad como individualmente.

En términos generales, al preguntarles cómo se imaginan a ese “indio”, responden a partir de la diversidad que encuentran en su entorno, así como sobre las actividades

productivas que realizaban, como por ejemplo el señor Montaña, el cual no ve muchas diferencias con los actuales pobladores, al menos en su generalidad:

Habían de todo tamaño, así como nosotros, los indios eran igualitico que nosotros, lo mismo que nosotros; sino que lo único que ellos [los viejos] decían es que ellos comían moro: sin sal, comían sin sal ellos. Huesos de pescado también se encuentran, concha, todo lo que comían (...) en figuras se ha encontrado ese plátano, en figuras de tiesto. También cangrejo. Ellos comían sin químicos, ellos se alimentaban mejor. (Entrevista 03 Tarciso Montaña. Hombre, 58 años, La Tolita. 19/02/2010).

Asímismo, el señor Casierra encuentra muchas similitudes entre su forma de vida y la de ello, pero haciendo un mayor énfasis en las diferencias religiosas y tecnológicas

Aquí era un taller, aquí no había oro, no había ni el barro, ellos traían todo de arriba. Todas esas tolas que usted ve son hechas de ellos (...) como eran bastantes tribus ellos hacían columnas y llevaban a así [explicando con las manos una especie de cadena humana] hasta que llegaban a donde querían llegar (...) Cuando unos iban bajando ya otros iban subiendo con los brazos vacíos... ellos caminan rápido (...) Esto era un taller, así como la pequeña casa que yo tengo, que tengo un espacio para trabajar no más (...) entonces ellos traían barro de arriba y ellos de aquí llevaban el pescado, la concha, de aquí llevaban pa' comer a la gente donde hay el oro, pues Playa de Oro, todo eso allá, porque allá si hay minas, esto aquí no es mina, aquí todo es postizo, por eso es que hay partes que hay y partes que no hay, en cambio allá en Playa de Oro hay minas... (...) Acá venían a trabajar, no había gente como uno acá por gusto, no (...) ellos hacían lo siguiente: yo tenía este televisor y todas estas cosas que tengo aquí, hacían un hueco y me metían mis cosas cuando ya me moría, si tenía mi oro me lo ponían aquí encima, según como me enterraran (...) pero el que no tenía tampoco no le ponían nada (...) Había indios vagos, porque eso es vagancia, todos tenían que trabajar, no ve que tenían un taller que era para todos, era como una compañía [no se debe confundir con una corporación sino como un trabajo en compañía] (...) así también hay en esta humanidad, gente que no le gusta ni ir a tirar machete, no saben nada ni quieren aprender nada.

(...)

En esta época que le estoy hablando, 500 años antes de Cristo, ahí las cosas no eran como ahora: el pescado ahí no era con atarraya, solamente... hacían con arpones de palo nada más, se metían al agua y ahí agarraban el pescado, y cuando es concha, iban a agarrar concha, almeja, ostión... hay sectores de pura concha y ostión, montones. Ellos tenían buena comida aquí (...) claro pero como había más pescado (...) pero ahora con la atarraya y la malla de arrastre con eso agarran el chico y el grande y pues de todas maneras se termina (...)

(...)

[Razones por las cuales hacían las figuras] Pues cómo le digo... ellos eran como yo, pues artesanos, mas para ellos la artesanía valía bastante, pero en ese tiempo ellos veían un pájaro y ellos lo hacían (...) guerreros ellos hacían (...) ellos hacían de toda clase, lo que ellos veían: ellos veían a un tigre comiéndose a una persona de ellos mismos, porque a quién más podían comerse un tigre, en ese tiempo los animales salvajes eran grandes porque nadie los cazaba, pero eso también los hacían ellos. Ellos hacían la lechuzas... conchas, jaibas, monos, venados, lagartos, pescados (...) Ellos vivían de esas cosas, su trabajo de ellos era ese, porque no tenían nada más que hacer, se dedicaron solamente a eso y aquí como le digo era un taller. (Entrevista 06 Wilfrido Casierra "Wicho". Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010)

El énfasis en el realismo de las representaciones arqueológicas que hacen varias de las personas con las que pude hablar, contrasta con varias de las figuras "míticas" (como las llaman en los guiones de los museos del BCE) que han hecho famosa a La Tolita. No sé si es cierta adjudicación de racionalidad a estos antiguos pobladores o a una omisión pasajera.

Esto se podría complementar con ciertas visiones que hacen que las imágenes se generen más por el contacto con los artefactos y por medio de los hallazgos que con una comparación con la contemporaneidad vivencial de los actuales pobladores, llegando incluso a realizar aseveraciones que, si bien pueden no ser verdaderas o racionales desde el punto de vista arqueológico, tienen la misma medida que el discurso científico. A continuación, dos afirmaciones de este tipo:

Lo que si puedo decir es que los indios dejaban podrir sobre la tierra a los que morían y después de muerto lo enterraban con todo lo que tenían, porque vivo no podían fundirle oro aquí [en el paladar], en toda la boca, le metían piedras esmeraldas en la nariz, en la boca (...) Sobre los huesos estaba el oro que le fundían ahí, eso estaba ahí pegao, pegao, pegao en los huesos. Ahí le ponían cualquier argolla que tenía, cualquier joya. (Entrevista 10 Esteban Rosales. 82 años, La Tolita. 22/02/2010)

De cómo vivían, ni idea. Lo que si me comentaban mis abuelos es que ellos eran como jíbaros, como animalitos del monte, no comían sin sal (sic), en eso me comentaban que por eso, hasta ahorita, los huesos están intactos (...) Lo que pasa es que de los indios hay distintas clases de versiones, y como uno no los conocía, como uno no trató con ellos, entonces no se sabe si... cómo le diré... si eran buena gente, mala gente (...) Para mí, para mí, me imagino que no me harían nada malo, no me harían daño. (Entrevista 09 Aida Castillo. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Sin embargo, algunos usan referentes contemporáneos con los que no se identifican necesariamente (como en el caso de la anterior cita de la señora Castillo, al hablar de “jíbaros” y “animalitos”). Un ejemplo claro de esto nos lo ofrece don Franco Mideros, el cual combina estos referentes de alteridad contemporáneos junto con las evidencias dispersas en la isla (lo cual no le impide hacer aseveraciones que rompen con el concepto del tiempo arqueológico: lineal e irreversible - ver al final de la cita):

Yo pienso que esto debió haber sido como vivían los chachis por allá arriba: separaditos así, un lugar en otro, así cada quien vivía por su cuenta, no vivían unidos porque mira, hay cerámica hasta en eso guandales allá al fondo donde tienes que pasar enterrándote y todo para poder pasar, cada quien vivía por su lado. Lo que sí creo es que cuando moría algún cacique o un rey, alguien, esas tribus se unían; porque mira, cuando con Francisco Valdez abrimos la loma del Pajarito (...) vimos que en cada metro cambiaba la tierra, entonces supuestamente se imagina que cada tribu traía su tierra, ¿ya? (...) [Sabían eso] Porque las tierras no eras iguales y hay tierras que aquí no las encontramos, que aquí en la comunidad no hay, solamente la del fondo (...) que es como carbón, parece que eran quemaderos de carbón revuelta con huesitos, para acá no, es diferente. (...) De pronto igual que ahora tuvo que haber sido la vida, porque había, ponte, esos tipos que tenían oro, aquí se encuentran muchos indios que se han muerto y los han enterrado con todas sus cosas, entonces yo pienso que tenían también plata, que tenían, cómo le digo, poderes, unos vivían mejores que otros. De pronto al que hacía la mejor pieza ellos se la compraban, se la cambiaban por cosas, así; tenían como se dice una mejor forma, una mejor forma de vida, eso creo, no pienso que todos vivían iguales (...) Porque también se encuentran piezas hechas, como que no las hicieron bien, como que la persona que las talló no sabía bien.

(...)

Pero también te digo que hacían cosas que imitaban a la cosas de ahora, porque hay piezas que han salido con letras (...) B, X, así... así marcadas, talladas (...) Así porque mira, hay piezas de oro que tú miras aquí en La Tolita y tú quedas admirado, cosas que ahora las personas no las pueden hacer (...) o sea, un máscara de oro... me acuerdo que una persona hizo una plancha como una lata, eso se desenrollaba [vendida a los Polo]. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010).

También arqueólogos e historiadores han alimentado las fuentes de interpretación de estos vestigios y de las formas de vida extinta, lo que ha permitido una fusión de tiempos que deberá ser explorada más detenidamente. Primero, se mostrará una forma esquemática de apropiación de conceptos arqueológicos, especialmente al estilo de un guía de museo interesado en el turismo:

Era una gente muy activa, una gente muy inteligente con una capacidad de pronto bien avanzada, no como con la que nosotros vivimos ahora (...) una gente que, cómo le digo, hacía las cosas a su imagen y semejanza; elaboraron muchas cosas, cosas muy bonitas, muy preciosas, o sea, atractiva pa'l turista y pa' la gente que vivimos aquí.

(...)

[Hablando sobre uno de los hallazgos realizados] Más o menos nos tiramos unos 5 días en ese pozo, hasta que llegamos hasta el final y covamos y cuando que rin: una pieza de oro, sacamos también un lote de 15 cabezas clásicas... la cabeza clásica la llamamos a las cabezas que ellos ya, con la inteligencia de ellos, ya perfeccionaron la pieza, a la pieza la hacían ya bien elegante, con un barro ya muy fino, ¿ya? Entonces a ese le llaman el periodo clásico; al periodo clásico, el tardío y el temprano (...) el temprano era el que recién están elaborando a hacer la pieza así mal amoldada, el tarío ellos ya empiezan un poco a perfeccionar, y el clásico es cuando ellos ya se lucen haciendo piezas muy elegantes, con buena nariz, con buen barro, con buena cocinada. (Entrevista 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010).

No obstante, son los historiadores de secundaria los que han permitido la homologación de todas las formas de vida indígena, permitiendo así una asimilación de temporalidades que desconcierta a cualquier académico. A la vez, en los siguientes testimonios, es clara una narrativa que evidenciaría la forma hegemónica de construcción de la historia oficial del Ecuador, la cual ha estado centrada en el imperio Inca y el orgullo de tener un estado prehispánico:

En nuestro estudio, cuando nosotros estudiábamos, ahí nos daban por decir los indios eran mandados de Atahualpa y cuando vinieron los españoles, pues lo agarraron a Atahualpa y lo llevaron a Quito, entonces él les dijo, ah, porque lo que él decía, eso hacían ellos, por lo menos en la historia (...) entonces cuando lo agarraron y lo llevaron a quito, él les dejó dicho que si no volvía dentro de tres días destruyeran todo y se destruyeran a ellos mismos. Él les ofreció un cuarto grande, inmenso, de oro, y después que les dio Atahualpa el oro, lo mataron. Entonces cuando los indios vieron que él no llegó dentro de tres días, ahí fue que quebraron... por decir aquí las piezas no se encuentran enteras, se encuentran todas quebradas, todas dañadas, porque ellos dañaron, ellos quebraron... imagínese que mis abuelos de antes me conversaban que cuando ellos llegaron aquí topaban, el los palos, topaban huesos de reptil así metidos en las horquetas... El cuerpo humano derretido ahí, en hueso. Cuando uno trabaja a veces encuentra entierros, me imagino que cuando ellos estaban aquí vivos, alguien se moría de alguna enfermedad, lógico lo enterraban, pero todo lo que ese indio había trabajado, le ponían ahí mismo, en la tumba, ahí le enterraban con todo. Entonces por eso en el tiempo de antes topaban las tumbas, con los huesos ahí y ahí al lado tenía

los oro, me imagino que ha de haber sido así, porque cómo explicar que usted topaba un hueso en una profundidad y a los lados tenga todo el oro todas esas cosas, entonces me imagino que lo enterraron con todo lo que había trabajado, con todo lo que él tenía. (Entrevista Aida Castillo 09. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Este análisis de la señora Castillo parece ser contradictorio con su versión sobre la destrucción de las piezas cerámicas por parte del señor Yannuzzelli (ver supra), pero debe haber, tal vez, algún punto que permite la ruptura de ese análisis con el que acabo de citar; y esta ruptura se debe buscar no sólo en la forma en la cual ella concibe el tiempo y las diferencias entre la época Yanuzzelli y cierta época india, sino también en la forma en la que se desarrolló la entrevista. Tal vez incitándola a analizar esta aparente contradicción nos pueda dar pistas acerca de su raciocinio. Del mismo modo, el señor Casierra arma la historia y le da continuidad a la vida indígena, a partir de los mismos referentes (nótese que ambos tienen la misma edad):

Como ellos también eran salvajes, porque ellos no creían en Dios, no creían en nadie, sus santos eran las culebras, a una serpiente la agarraban y la ponían como santo; adoraban al sol, así eran ellos.. por eso hubo un problema con un jefe de ellos, ese fue Atahualpa... no me acuerdo. Pero esta historia si me la sé porque esta es la verídica. Él se fue a Quito, donde un tal... cómo es esa canción... bueno, él les dijo: “vea muchachos, si dentro de tres días no vengo” - porque él lo citó allá, porque iban a hacer un negocio, él le dijo que le iba a regalar un cuarto de oro que lo tapaba hasta donde... eran grandes, más que todo lo llenaban de oro, pa' darle eso a él, pero el no cumplió con eso. Después de que ya hicieron el trato de que él llevó las cosas, porque él ya sabía, les dijo: “muchachos, si dentro de tres días no regreso, el que pueda huir, huya, váyase, el que pueda matar mátese” (...) Los indios eran como los chinos: si alguna cosa podían matarse ellos mismos, así eran ellos. Por eso aquí en el mango que hicieron el Banco [se refiere a la excavación arqueológica dirigida por Fco. Valdez], ahí están los muertos atravesados uno encima de otro (...) Él les dijo: “mátense, huyan, si no estoy aquí es porque me han agarrado, porque el man me quiere matar”. Como no regresó a los tres días, ahí empezaron a matarse, a huir, ya este taller ya quedó... de ahí ya vinieron los españoles y se hicieron dueños de aquí de esto. Esa historia es de los viejos viejos, de los antiguos que cuentan eso, porque eso no está ni en libros. Los banqueros trabajaron ahí y sacaron todo eso, sacaban los huesos ahí enteritos... (Entrevista Wilfrido Casierra “Wicho” 6 (Hombre, 50 años, La Tolita) 20/02/2010.

Entonces vemos que, si bien es cierta la hipótesis general de la proyección de sus vidas sobre las de los amerindios extintos, es demasiado general y ambigua como para sostenerla

en este punto del argumento. Por lo tanto, se debe recapitular: las formas de apropiación y valoración del llamado “patrimonio arqueológico” depositado en La Tolita por parte de los actuales toliteños se ha basado especialmente en la huaquería con fines comerciales. Si bien existe un contacto permanente con estos objetos y estos a su vez les han proporcionado un precario mercado, es a partir de la imagen que tienen de ellos como navegantes, pescadores, artesanos y agricultores que les posibilita una conexión territorial, ya que sigue siendo, básicamente, el mismo ecosistema (reconocen casi todas las especies animales del entorno, por ejemplo).

Y no sólo en términos de prácticas de subsistencia a grandes rasgos imaginadas sino lo que ellos llaman el sentido de pertenencia, haciendo de La Tolita tanto su propiedad como su herencia, que aflora en los discursos explícitos pero se contradice, aparentemente, con la forma de interacción más directa que se puede lograr con estos amerindios extintos: la interacción con sus restos óseos. Explícitamente llegan hasta considerarlos sus antepasados de un modo general, o por lo menos propietarios de toda esta herencia, pero por un lado no recuerdan mucho sus sueños acerca de ellos y por el otro tratan los restos óseos como cualquier material sin valor ni con muestra alguna de respeto, de lo cual están conscientes y hablan de ello abiertamente. Sólo doña Dionisia había reflexionado una vez eso, gracias a un cura:

Eso decía el sacerdote, que si uno acostumbraba a hacerle algún rezo alguna misa, le dije “no sé, porque como dicen que ellos eran... no eran cristianos, eran sin bendecir, eran moros”. Si, ellos eran ariscos, pues los indios... ellos comían moro, ellos no comían sal, comían era así, simple. Ellos ahí... en esa loma que le digo que salía harto oro, en esta loma. Hasta muñequitos de hueso bien elaboraditos uno sacaba. Eso sacaba una cantidad de conchas de pateburro, de... porque era lo que ellos comían. Hartísima... eso, usted lo que uno lavaba y sacaba así era fiestones de conchillas, hartísimas, que era lo que ellos comían amontonaban ahí (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

A continuación, se enlistará un conjunto muy homogéneo que representa esta aceptación explícita de la propiedad y patrimonio de La Tolita para los “toliteños”. Se debe tomar en cuenta que durante esta pregunta se les puso a decidir entre dos entidades no más, las cuales son muy ambiguas por cierto: de quién es lo que hay en La Tolita, todo ese patrimonio

arqueológico, ¿del Estado o de ustedes? Esto se debe aclarar ya que podría condicionar poderosamente la pregunta (algunos, sin limitar las opciones, pudo haber dicho, por ejemplo, de Dios, o de la Humanidad o de Nadie)

Dicen que es del estado porque está en la tierra. Lo que pasa es una cosa aquí, el gobierno hace las cosas mal hechas: uno es el que saca esas cosas, fuera que lo premiaran con algo, pero hay cosas que han salido y se las han llevado a otro lado, pero se deberían quedar aquí mismo. Están ganando plata porque los turistas en cada visita tienen que pagar y a uno ni siquiera le dicen: “le voy a hacer una buena casa o a gratificarlo con algo”. (Entrevista 03 Tarciso Montaña. 58 años, La Tolita. 19/02/2010).

Sin embargo, la respuesta que ofrece doña Aida es contundente en términos de supervivencia:

Pues yo me imagino que esto le pertenece a la gente que vivimos aquí, porque nosotros hemos vivido, nuestros abuelos, por decir, nuestro árbol grande, nuestras ramas, nuestro tronco, nuestras raíces, todos de aquí, entonces yo estoy de que esto nos pertenece a nosotros (...) [A los indios] Yo los considero como parte de mi familia (...) como dijeron mis abuelos “ellos murieron y me dejaron esto”, entonces yo, los considero unos héroes, no sé que parte de mi familia, porque yo me imagino que mis abuelos bastante vivieron con esto y que si no hubiera sido por ellos, mis abuelos qué hubieran hecho, de qué se me hubieran mantenido, de qué se hubieran comido el verde, el pan (...) [Eran unos héroes] Porque trabajaron para dejarnos algo (...) porque yo me imagino que si no hubiera sido por los españoles, nosotros tendríamos más, habíamos tenido más porque los españoles fueron los que se llevaron nuestro... qué le podría decir... nuestra herencia, se llevaron nuestras herencias, se llevaron más de lo que nos dejaron. (Entrevista Aida Castillo 09. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Don Domingo Rosales nos habla de ese sentido de propiedad desde un punto de vista más visceral, el cual, como hijo de la señora Daysi a la que le fue expropiada su suerte, argumenta:

O sea, yo más bien entiendo de que lo que... hay un decir de que lo que le pertenece a uno no hay nadie quien lo quite ¿no? y hay veces, cuando la gente se iba a cavar hacía un hueco uno aquí, el otro hacía acá, el que hacía acá no sacaba y el que hacía acá sí sacaba. Entonces, eso nosotros lo llamamos de que lo que estaba acá eso le pertenecía a uno. Entonces, eso más bien nosotros decimos de que ese interés le pertenecía a ella porque él vino justo y le dijo a ella (Ent. 20. Domingo Rosales. Hombre. 43 años. La Tolita. 21/07/2010).

En la misma lógica, Washo expone sus argumentos, los cuales no distan mucho de las premisas de esta investigación: la apropiación genera identificación. Sin embargo, el argumento de Washo se centra más en el carácter patrimonial del territorio, mientras que el mío trata de mostrar que esa identificación es constante, pero encuentra anclajes tanto en el tiempo como en el espacio a partir de la legitimación de las temporalidades y territorios implicados en las relaciones sociales que giran en torno a los vestigios arqueológicos. Al preguntarle sobre quién cree que es el propietario de la isla, responde:

Claro, de pronto el Estado, claro, no sé si yo esté equivocado, pero... claro, en este rato, por ejemplo, claro, el Estado, pues, y muchas versiones, pero nosotros como custodiadores... como la gente que hemos estado custodiando y que hemos... y que estamos viviendo acá en este lugar, donde somos... nosotros somos testigos de la gran negligencia que el gobierno, eh, nos ha sometido a vivir acá y que nosotros ser tan fuertes y haber podido haber subsistido o estar o permanecer aquí en este lugar, como que nos convertimos nosotros en dueños de este lugar, porque nosotros hemos custodiado y hemos... somos los que aguantamos todo acá, pues. Y el gobierno no más dice “esto me pertenece”, pero “me pertenece” pero no lo cultiva pues. Es como que yo tenga una propiedad, una finca y que yo no más la considere mía de nombre, mientras que no la tengo en buen estado pues. Entonces, algo que a mí no me ha cos.. que digo que es mía... que yo digo que es mía porque de pronto yo me auto nombro que es mía peor yo no he pagado ningún recurso ahí. Y si yo no la tengo, ¿qué hace otro? La cultiva pues, y quién la cultiva viene a ser el dueño de eso porque ya ha invertido su tiempo y todo... Hemos nacido y hemos crecido y nos estamos envejeciendo acá y sin recibir ninguna ayuda directamente del gobierno, pues. Entonces, nosotros como que nos sentimos dueños de esta isla (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Nacer, crecer, soportar, aguantar, sobrevivir son formas de temporalidad en la isla que hace que, a pesar de esa forma “destructiva” de apropiación y valoración, se justifique una identificación que legitima la tenencia y usufructo de la tierra y del río, también de las tolas. Además, estas formas recurrentes de temporalidad en relación con el Estado se despliegan en un territorio que sostiene un ecosistema similar al de los antiguos habitantes, por lo cual esta identificación encuentra un pequeño y muy político asidero en las consciencias de los líderes de La Tolita (líderes sin una unidad activa), permitiendo que el reclamo de sus derechos patrimoniales sobre la isla despegue.

Para exponer de un modo más contundente este punto, debo hacer un giro, una comparación con un caso excepcional en Ecuador, en donde surgió la forma de identificación descrita arriba. Este caso es Agua Blanca, dentro del Parque Nacional Machalilla en la provincia de Manabí. Durante una excursión un poco accidentada tuve la oportunidad de acompañar a un grupo de 10 personas de La Tolita Pampa de Oro a esta comunidad del 9 al 12 de abril de 2010 durante mis actividades como capacitador en el proyecto *Puesta en valor de los recursos patrimoniales del yacimiento arqueológico de la Cultura La Tolita en la comunidad afroesmeraldeña La Tolita Pampa de Oro del cantón Eloy Alfaro en la provincia de Esmeraldas* coordinado por Fernando García (2010), para FLACSO y el Ministerio de Cultura del Ecuador.

En este breve viaje, se aprendieron varias cosas, especialmente para las personas de La Tolita, quienes vieron cómo es posible un turismo basado en recursos arqueológicos y administrado comunitariamente. Si bien hay varios puntos que distancian significativamente cada experiencia comunitaria con el patrimonio arqueológico, sobresalieron aspectos que posibilitan la comparación. Varias características hacen única a Agua Blanca. Primero que todo es un ejemplo de cómo un trabajo de rescate puede desencadenar procesos políticos de reivindicación de tierras, ya que los primeros recursos del museo provenían de un oleoducto que pasaba por la zona y en el que trabajó Colin McEwall a mediados de la década de los ochenta.

Además, por su carácter relativamente autónomo, tiene características bien particulares en relación con museos oficiales. Las piezas, arqueológicas o no, que no están dentro de vitrinas, se pueden tocar y tomar fotografías (sin flash) y videos, incluso uno de los guías (siendo todos de la comunidad) tocó un churo (una gran concha de caracol) y lo dejó interpretar por los que quisieron. En una parte casi vacía, aunque un poco retirado de los demás estantes, hay uno lleno de trofeos de fútbol ganados por la comunidad. También hay una pequeña colección de reptiles de la zona conservados en frascos con formol, especialmente serpientes halladas en tumbas y sitios arqueológicos; asimismo, mutaciones animales, como pollos de 4 patas, y una máquina de escribir antigua. Los yacimientos *in situ* han sido adaptados y cubiertos, especialmente desde la devoradora erosión ocasionada por la combinación de sequías duras y lluvias intensas durante el fenómeno del niño entre

1982 y 1983. En muchos lugares han encontrado restos muy importantes de ceniza y carbón, lo cual explican así: “las culturas antiguas sabían que iban a ser invadidas” por lo cual quemaron los reservorios de maíz.

El guión del museo reproduce una historia lineal en donde los primeros habitantes de la zona del primero se dedicaban a la pesca, agricultura y comercio, siendo después parte del señorío de Salangome (“como un cantón”), el cual hacía parte de una confederación con otros tres señoríos. Los líderes de la comunidad, que son los gestores principales de las actividades de conservación y turismo, usan a Ingapirca como referente de intervención y aprovechamiento arqueológico. Se nota cómo los guías se han apropiado de cierta parte del discurso científico arqueológico, ambiental y geológico.

Los aspectos de contraste salieron de entrevistas grupales que tuvimos los visitantes con algunos líderes de la comunidad de Agua Blanca. El primero de ellos, y más importante desde mi punto de vista, es la relación que tiene el museo con el movimiento social de reivindicación de tierras que se gestaba desde mediados del siglo XX. Los planes de reivindicación de tierras pasan directamente por la relación de continuidad y herencia entre los actuales pobladores de la zona y los antiguos habitantes, identificados desde la disciplina arqueológica como *manteños-hualcavincas*. Al legitimar su derecho ancestral a esta zona desértica por medio de la herencia directa entre los antiguos y los actuales pobladores, el patrimonio arqueológico es tomado como evidencia de esa herencia.

En este punto, se han vuelto significativas las piezas antropomorfas que, según los líderes comunitarios, es la prueba más contundente de esta herencia, mostrando los parecidos fenotípicos de los actuales pobladores con esas representaciones de rostros antiguos (fotografía 11). Este tipo de comparaciones parecerían imposibles en La Tolita, debido especialmente a la falta de una continuidad histórica que permita vincular a los antiguos con los actuales habitantes. Sin embargo, muchos de los asistentes aseguraron que sí, que hay cerámicas que muestran rasgos más de “negro” que de “indio” (fotografía 12), por lo cual creen que sí se podría dar esta relación. Pero más allá de esto, se reconoció que al menos hay algo irrefutable: el medio ambiente en el que habitan es el mismo, lo que les permitiría hacer una conexión con los antiguos habitantes en términos de esa relación.

Sin embargo, este argumento se rompe fácilmente debido a que La Tolita no ha experimentado un proceso de reivindicación colectiva de las tierras, mucho menos apoyada en una ocupación ancestral. A esto se le suma que La Tolita está marcada significativamente por una historia de apropiación intensiva y destructiva de ese patrimonio arqueológico, cosa que no es tan patente o al menos bien ocultada en Agua Blanca. Mientras que en La Tolita es algo muy cotidiano el hecho de huaquear y apropiarse de esas piezas y destruir tumbas sin mucha reflexión al respecto, en Agua Blanca existe sistema de normas comunitarias que impiden el saqueo, incluso si este se debe a razones como la construcción de una vivienda.

Estas normas comunitarias o estatutos del cabildo incluyen la evaluación de la posibilidad de integrar una familia compuesta por alguien de la comunidad con alguien que no es nativa, lo cual disminuye la movilidad y el ingreso de personas foráneas al proyecto comunitario. Mientras que en La Tolita es característica una altísima movilidad y la facilidad para entrar y radicarse en el recinto, que carece de un proyecto comunitario propiamente dicho. Esto tiene que ver directamente con la concepción de la propiedad que existe, lo cual se puede resumir en los siguientes términos: mientras que en Agua Blanca la tierra es de titulación colectiva y explotación familiar, en La Tolita no existe títulos legales de propiedad, ni siquiera privada, y esta se concibe individualmente (incluso dentro de la misma familia). En la Tolita se mantiene el derecho de usufructo de la tierra, no el derecho de propiedad, ya que no tiene ningún tipo de título de la tierra, ni colectivo ni individual. Es decir, la baja movilidad y la forma de la tenencia de la tierra son factores que han posibilitado en gran medida el éxito de la protección de los recursos patrimoniales arqueológicos en Agua Blanca y en contraste con La Tolita Pampa de Oro.



Fotografía 11: Comparación realizada en el museo arqueológico comunitario de Agua Blanca que posibilita una relación directa entre los fenotipos expuestos en un par de representaciones con cientos de años de diferencia.



Fotografía 12: Cabeza cerámica depositada en el Museo de las Culturas Aborígenes de la Fundación Cultural Cordero en la ciudad de Cuenca. Según la referencia de esta sección, esta pieza hace parte de la colección de piezas de La Tolita y se corresponde con la descripción que hacía Washo cuando mencionaba que había piezas con características fenotípicas afrodescendientes.

Pero también los contactos y la conexión que existe, tanto en términos institucionales como viales, han hecho de Agua Blanca el éxito que ahora es. La interacción con instituciones nacionales e internacionales (mediada políticamente por cabildos comprometidos con el movimiento social indígena de la costa) les ha abierto puertas a cursos y concursos en los que se pueden capacitar sobre administración de empresas comunitarias y demás. Pero esto se facilita también debido a su relativamente fácil forma de conexión con las capitales de Manabí y Guayas. Por su parte, La Tolita tiene serios problemas viales, sólo pudiendo ser contactada por medios fluviales y de ubicarse en una zona marginal para el estado ecuatoriano. Pero además, los contactos institucionales con organizaciones nacionales especialmente, tanto gubernamentales como ONG y organizaciones afroecuatorianas, han sido esporádicas y puntuales, con resultados mínimos en cuanto a su continuidad.

Otro punto de contraste lo encontramos en el medio ambiente: mientras que el ambiente árido de Agua Blanca es propicio para la conservación en condiciones mínimas de cuidado en museo e *in situ*, La Tolita, debido especialmente a las inundaciones y la humedad, requeriría inversiones mucho mayores para el mantenimiento del museo y de piezas en hueso y cerámica, tanto *in situ* como en un posible museo. Esto desmotiva a muchos inversores y a los mismos habitantes de La Tolita, los cuales ya han sufrido decepciones con respecto a los museos.

La administración de justicia en Agua Blanca es propia en gran medida, con estatutos que son reformados dependiendo de las experiencias que han tenido y de las discusiones regulares que hacen al respecto. Las casas son dispersas, no aglomeradas como en La Tolita. También hay mucho silencio y tranquilidad. Mientras que La Tolita ha venido debilitando su atracción turística, en 2002 se da un boom en el turismo en Agua Blanca, gracias en especial a la fundación FUNDES¹⁸.

Ahora bien, estos contrastes nos permiten ver cómo la apropiación pasa por las condiciones preestablecidas para cualquier fenómeno intencional: territorio, temporalidad, alteridad. La triangulación de estos tres aspectos hacen tan disímiles las experiencias entre

¹⁸ Para una descripción histórica y etnográfica más detallada de la experiencia del turismo comunitario en Agua Blanca, ver Ruiz (2009).

Agua Blanca y La Tolita, a la vez que permite ver cómo es a través del discurso arqueológico que se vincula a la población con un territorio determinado de un modo legítimo para el estado. Si en la misma época, Francisco Valdez en La Tolita hubiera compartido el conocimiento arqueológico del modo en el que lo hizo Colin McEwall (haciendo las salvedades del caso, pero abriendo el conocimiento), generando un proceso comunitario y no individualista de apropiación de ese patrimonio, tal vez aún se tendría un museo *in situ*.

Sin embargo esto es sólo una atrevida especulación, ya que el mercado de piezas en La Tolita tiene larga data y existen conexiones con Colombia que hace aún más difícil esta posibilidad. De hecho, este mismo comercio de piezas y de oro ha influido para que en La Tolita no haya una unidad política u organizativa estable. Pero lo que sí es cierto es que es a través del patrimonio arqueológico que se deja entrever cómo el estado exige algo que no cumple. Esto es lo que vamos a ver en el siguiente capítulo: cómo el estado ecuatoriano ha marginado al negro territorial y temporalmente de la historia del Ecuador, al menos de la historia de sus restos materiales.

Pero antes de eso, se debe dejar en claro que, si bien es más difícil en La Tolita generar un proceso de organización comunitaria alrededor de un museo arqueológico de lo que fue en Agua Blanca, esto no quiere decir que, a través del proceso de identificación que afloró en esta expedición colectiva (como la conexión a partir de imágenes antiguas con fenotipos actuales o la relación con el medio ambiente que conecta a dos poblaciones separadas por el tiempo) no se pueda proponer algo mejor de lo que ha propuesto el estado ecuatoriano en sesenta años.

A lo que se quiere llegar es a poner en relieve cómo los objetos significan y son valorados en una “imagería” generada en la apropiación del espacio y en la inmensa distancia temporal del pasado prehispánico. Y cómo esa apropiación del espacio los hace comparables, en esa imagería, con los antiguos habitantes, a pesar del tiempo. Es decir, la imagería se produce en la apropiación y valoración, así como apropiaciones y valoraciones también representadas en la imagería – en las que son cruciales las de la alteridad – se reafirman o desaparecen, se reproducen o se reinventan.